

LA COSA QUE VINO DE VENUS

KEITH
LUGER



BOLSILIBROS
BRUGUERA
SERIE

LA CONQUISTA
DEL
ESPACIO

LA COSA QUE VINO DE VENUS

KEITH
LUGER



BOLSILIBROS
BRUGUERA
SERIE

LA CONQUISTA
DEL
ESPACIO

KEITH LUGER

LA COSA QUE VINO DE VENUS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 49

Publicación semanal Aparece los **VIERNES**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA -BOGOTÁ- BUENOS AIRES -CARACAS- MÉXICO

Depósito Legal B 19.805-1971

Impreso en España -Printed in Spain

1ª edición: julio, 1971

© KEITH LUGER -1971 *sobre la parte literaria*

© RAFAEL GRIERA -1971 *sobre la cubierta*

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 -Barcelona- 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto

exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

44. -La otra tierra. -*Glenn Parrish*.

45. -Cyborg. -*Curtis Garland*.

46. -Más allá de Katmandú. -*Peter Debry*.

47. -Los mercenarios de las estrellas. -*A. Thorkent*.

48. -El número uno. -*Glenn Parrish*.

.

CAPITULO PRIMERO

Frank Bennet creyó oír en sueños el timbre del teléfono.

Lo mandó al diablo mentalmente.

Pero aquella campanilla seguía percutiendo en su cerebro.

-Elizabeth... -murmuró-. Coge un martillo y cárgate ese bicho.

Nadie le hizo caso.

El teléfono seguía sonando.

Y entonces despertó.

Miró a la otra parte de la cama. No había nadie.

Había estado soñando con Elizabeth.

-Está bien... Está bien -dijo.

Alargó la mano hacia la mesilla de noche donde estaba el teléfono.

-¿Dónde demonios es el fuego? -gritó por el micro.

-¿Eres tú, Frank?

-Sí, soy el fastidiado Frank.

-Emergencia.

-Te plantó Anne, ¿eh, Bill?

-Anne y yo hemos hecho las paces. Este es un aviso oficial, Frank...
Emergencia.

-Entiendo, el general Kusman quiere que realicemos otra prueba para hacer frente al peligro atómico.

-No es una alarma atómica. Escucha, Frank, ¿estás despierto?

-Sí, maldita sea, tú me despertaste del todo, y estaba en lo mejor de mi sueño... Tenía a Elizabeth.

-Frank, un objeto no identificado se está acercando a la Tierra.

-¿Y para eso me llamas?... ¡Vete al infierno, Bill! ¿Cuántos objetos no identificados se acercan a la tierra al cabo del año?

-Pero éste tiene algo especial.

-¿Qué tiene de especial?... ¿Es un rosco?...

-No se sabe qué forma tiene, pero está viajando a una velocidad de 150.000 kilómetros por hora.

-¿Un meteorito?...

-No, Frank.

-¿Por qué no?

-A esta velocidad se habría deshecho al pasar por cinco lugares diferentes entre Venus y nosotros. Y ya te he dicho de dónde viene.

-De Venus.

-Sí, Frank, de Venus. Según el informe oficial que yo tengo delante, tú formas parte de la expedición que irá a Venus dentro de seis meses.

-Soy sólo el tercer piloto.

-Fue avisado el primero y el segundo, y Ray Marvin y Jerry Taylor deben estar ya en camino. Sólo faltas tú a la reunión.

-¿Qué reunión?

-La que ha convocado tu jefe, el general Kusman, para las seis de la mañana.

-¿Qué hora es?

-Las cinco y media.

-El general Kusman se irá al infierno por hacer levantar a sus hombres a las cinco y media de la mañana.

-El infierno te lo vas a encontrar aquí, Frank, si no te das prisa.

Bill colgó.

Frank se metió en la ducha y dio la llave del agua fría. Se puso a gritar porque no recordaba ninguna canción.

Pero eso lo acabó de despertar.

Poco después, ya estaba vestido con su uniforme de capitán del Comando de Pilotos del Espacio asignado al proyecto «Cohete Azul», nombre con que había sido bautizada la expedición a Venus.

Todavía era de noche.

Al llegar a la calle miró al cielo. Hacía una noche estrellada, no podía verse ningún objeto identificado o que volase hacia la Tierra a ciento cincuenta mil kilómetros por hora.

Viajó en su coche hasta la base.

Como siempre, el centinela le dio el alto. No bastaba que el soldado le iluminase la cara y lo identificase como el capitán Frank Bennet. Hacía un par de meses un saboteador se había introducido en la base utilizando una máscara perfecta, la del comandante Robert Wolson, y logró hacer saltar por los aires el Cohete Rojo que tenía como destino Júpiter y resultó que aquel hombre estaba loco y también murió.

Desde entonces, las órdenes habían sido rigurosas. Se tenía que hacer la comprobación con la tarjeta en la computadora que estaba en la casilla.

Entregó su tarjeta y poco después se la devolvieron y la puerta se abrió electrónicamente, y él pudo entrar en la base.

Estaba clareando cuando dejó su coche en el estacionamiento.

Entró en el edificio y subió a la tercera planta.

Dos soldados con metralleta le dejaron el paso libre.

El sargento Connors le salió al encuentro.

-A sus órdenes, capitán.

-¿Cómo están las cosas, Connors?

-Creo que muy mal.

-¿Por qué?

-El general Kusman ha ordenado la cancelación de todos los permisos. Estamos llamando a todos los oficiales con permiso.

-¿Ya llegó el general?

-Sí, señor. Está en el salón Verde. Sólo falta usted. Lo siento, pero llega con diez minutos de retraso.

-Que el cielo se apiade de mí -dijo Frank con un gesto cómico.

Entró en el salón Verde.

El general Kusman estaba reunido con media docena de hombres y una mujer. Dos de los hombres eran los pilotos Ray Marvin y Jerry Taylor.

Los otros eran cuatro varones poseedores de los cerebros más privilegiados del planeta Tierra. Su compatriota, Albert Carroll, el francés Pierre Aron, el alemán Warner Kraus y el ruso Vladimir Zedin. La mujer era la inglesa Nancy Haley, doctora especialista en Medicina del Espacio, y que Frank había catalogado como digna de servir de modelo a la mejor casa de modas de París porque poseía una figura sensacional, esbelta, de rostro bellísimo, ojos verdes y unas curvas impresionantes y proporcionadas.

Y esas curvas eran lo que él observó con fijeza porque le atraían como un imán.

-¡Capitán Bennet!

El ladrido era del general Kusman, un hombre alto, de cabello canoso, que poseía toda la energía del mundo. Se decía que uno de los hechos más famosos protagonizados por Kusman fue que había estado sitiado en una cueva con cinco hombres durante cuarenta días, y Kusman no pegó un ojo en todo ese tiempo, y gracias a su coraje logró, salvar su vida y la de sus compañeros.

-Buenos días, general Kusman.

-¿Dónde diablos se metió?

-Estaba en mi apartamento.

-Capitán Bennet, hemos hecho diferentes pruebas para mantener a la dotación «Cohete Azul» en plena forma.

-Estoy en plena forma, señor.

-Su retraso parece indicar todo lo contrario.

Frank pensó que el general tenía que estar enterado de lo que había pasado la noche anterior. El y un antiguo amigo, Eddie Anders, se habían encontrado en el restaurante de la base y allí conocieron a dos enfermeras, y luego se marcharon los cuatro juntos, pero alguien los vio salir muy alegres del restaurante, la doctora Nancy Haley.

Miró a la inglesa y ella, muy seria, parecía decirle: «Usted es un fresco, señor Bennet, y debe pagarlo.»

El general interrumpió aquellas miradas con su voz detonante:

-Caballeros, sigamos donde estábamos cuando el capitán Bennet se dignó llegar... Usted estaba haciendo uso de la palabra, doctor Zedin.

El ruso asintió:

-Estaba diciendo que la distancia entre Venus y la Tierra oscila entre cuarenta millones y doscientos sesenta millones de kilómetros. Calculo que en este momento la distancia es de unos sesenta millones. Por tanto, nos encontramos en una dé las fases en que los dos planetas se encuentran más cercanos.

-Gracias, profesor, pero lo que a mí me interesa es ese objeto.

-No puedo informarle a ese respecto.

-¿Doctor Kraus?...

-Es un vehículo.

-¿Quiere decir un vehículo espacial?

-Sí, general.

-¿Tripulado?

-Puede estarlo.

-¿Cómo ha llegado a esa conclusión, doctor Kraus?

-Por su dirección. He estudiado las diversas fotografías que me han entregado. He establecido las distancias en los distintos momentos que el objeto ocupa... Sólo un vehículo dirigido por tripulantes, o desde otro lugar, puede conservar la misma dirección, sin cambiarla lo más mínimo. Y su destino sigue siendo la Tierra.

-¿Qué punto de la Tierra?

-Lo siento, general, pero eso no lo puedo determinar.

-¿Hasta cuándo?

-Probablemente, en ningún momento, si continúa volando a esa velocidad. Llegará a la Tierra cuando podamos determinar el lugar.

Kusman miró al francés.

-¿Doctor Aron?

-Estoy de acuerdo con el doctor Kraus con respecto a que se trata de un vehículo lanzado desde otro lugar del espacio. Pero me atrevo a opinar que se trata de una sonda.

-¿Una sonda? -repitió el general arrugando el ceño.

-Sí, general Kusman. Una sonda como los Mariner lanzados por Estados Unidos, o los Venusik lanzados por Rusia al planeta Venus.

-¿Quiere decir que Venus contesta con un vehículo científico para

sondearnos a nosotros, los terrícolas?

-Podría haber sido lanzado desde otro planeta, pero utilizando a Venus como una base intermedia. Tenga en cuenta que la distancia entre Venus y la Tierra es de sesenta millones de kilómetros, como ha dicho el doctor Zedin, y han podido utilizar a Venus como una plataforma para un posterior lanzamiento.

-Imagino que si pregunto quiénes, no me lo sabrá decir.

-No, general.

El general Kusman miró a Albert Carroll, de pie) negra, nacido en Nueva Orleáns, premio Nobel de Física Nuclear.

-Me gustaría escuchar su opinión, doctor Carroll. -Insisto en lo que le dije hace un mes, que en Venus había sobrevenido una explosión atómica.

-Sí, recuerdo bien su informe.

-Le pedí mi autorización para enviar una sonda, general.

-Yo la negué. Tenía otras cosas más importantes que realizar.

-Sí, general.

-Y usted cree que debí autorizarle la prueba.

-Usted es el jefe de esta misión, general Kusman.

-De acuerdo, voy a admitir que sobrevino una explosión atómica. ¿Qué tiene que ver con el objeto no identificado que vuela hacia nosotros?

-Yo tampoco puedo establecer una relación, general.

Una pantalla se iluminó luego y unas palabras llegaron por un altavoz.

-General Kusman, ésta es la última película del objeto no identificado.

Todos vieron en la pantalla el objeto que destacaba perfectamente entre las estrellas, y que dejaba tras de sí una estela luminosa. Por el extremo izquierdo de la fotografía, se veía un trozo de esfera correspondiente a la Tierra.

-¿Distancia? -preguntó el general.

-1.315.000 kilómetros.

-¿Velocidad?

-Ha disminuido, general. Ahora el objeto avanza a unos 50.000 kilómetros por hora.

-Dirección.

-La misma. Nuestro Planeta.

-¿Hay seguridad en ello?

-Plena seguridad.

-¿Vehículo?

-No lo sabemos.

-¿Forma del objeto?

-Nuestros técnicos en estructura dicen que se trata de un cohete muy parecido a nuestros saturnos. El ingeniero Lemon, llega más lejos. Dice que se trata de un cohete con tres fases... Está haciendo cálculos para emitir informe.

-¿Cuándo acabará?

-Todavía tardará media hora.

-Quiero ese informe en cuanto el ingeniero Lemon lo haya concluido.

-Sí, general Kusman.

El general señaló la foto fija del espacio.

-Caballeros, es suya. Pueden ampliarla.

Había otras pantallas en que se podían ampliar las fotografías que acababan de recibir.

Los cuatro hombres de ciencia que habían emitido su opinión al general, ocuparon sendas pantallas y manejaron los cerebros electrónicos que comunicaban con la pantalla grande.

El general se dirigió hacia la puerta.

-Estaré ausente durante diez minutos. Tengo que hacer una visita al Laboratorio de Investigación Espacial.

El general salió.

Frank Bennet se acercó a la bella inglesa.

-Gracias, doctora Haley.

-¿Por qué, capitán Bennet?

-Por decirle al general que estuve bebiendo unas copas y que luego me marché con una jovencita a divertirme.

La doctora levantó la barbilla.

-Era mi deber.

-¿Su deber dar el soplo?

-Capitán Bennet, tengo obligaciones que cumplir, y una de ellas, la más importante, es la que todos los hombres de esta misión se conserven en perfecto estado de salud. Hace una semana, le hice a usted un reconocimiento y, sintiéndolo mucho, tuve que concederle un índice muy bajo.

-Lo sé.

-Ello sólo se debe a usted. Le dije que bebiese menos whisky y que...

-Dígalo, doctora Haley, ¿o lo digo yo?

-Dedica pocas horas al descanso.

-Admito que ha usado palabras correctas. Yo hubiese dicho que dedico demasiado tiempo a las mujeres, y eso no cuenta con su aprobación.

-Capitán Bennet, no tengo nada contra usted personalmente, pero, si en la próxima prueba física que le realice, continúa manteniendo el índice de seis y medio, aconsejaré su baja en el proyecto «Cohete Azul».

Frank se sintió irritado.

-Usted no hará tal cosa.

-Lo haré, capitán Bennet. No dude que lo haré.

La doctora Nancy Haley dio media vuelta y se acercó a la pantalla donde estaba trabajando el doctor Pierre Aron. Este la recibió con una sonrisa y se pusieron a hablar.

Frank sabía que el francés y la doctora Haley salían juntos. Se comprendían bien. Al diablo con la doctora Haley. Estaba seguro de encontrarse en las debidas condiciones físicas para acometer el proyecto «Cohete Azul». Lo malo sería que el general Kusman se dejase influenciar por la doctora Haley.

Se aproximó a sus compañeros, Ray Marvin y Jerry Taylor.

-Hola, muchachos -los saludó.

Ray Marvin lo apuntó con el dedo.

-Frank, te lo dije. Cásate y no tendrás problemas.

-Olvidas algo. Que el jefe de nuestra misión es divorciado.

-Pero el general Kusman no es un ser humano. Es un monstruo.

Justamente, en aquel instante, el general irrumpió en la estancia.

-Caballeros -dijo mientras andaba a grandes zancadas hacia la mesa central-. Acabo de recibir una información en el Laboratorio de Investigación Espacial. Ya no hay ninguna duda. El objeto que vuela hacia la Tierra es un vehículo... Exactamente un cohete muy parecido a nuestro Saturno. Pero de cinco fases, no de tres. Y hay un noventa por ciento de probabilidades de que esté tripulado.

CAPITULO II

Ya era mediodía. Habían pasado siete horas.

El extraño objeto que corría hacia la Tierra, mantenía su velocidad de 50.000 kilómetros por hora. Por tanto, había recorrido 350.000 kilómetros. La distancia que lo separaba de la Tierra, había disminuido del 1.000.000 de kilómetros.

El general Kusman seguía en el salón Verde.

Alguno de sus colaboradores salían y entraban en algún momento.

Se había bebido mucho café y, de cuando en cuando, algún soldado entraba para retirar el servicio, o los ceniceros llenos de puntas de cigarrillos.

En la gran pantalla se reflejaba la última fotografía obtenida desde uno de los satélites.

Por el altavoz se oyó:

-General Kusman, hace unos segundos el cohete se ha desprendido de una de las fases y ha aumentado su velocidad.

-¿Cuánto?

-70.000 kilómetros por hora.

-¿Dirección?

-La misma.

El francés Pierre Aron dijo:

-Habíamos, calculado que el cohete llegaría mañana al amanecer a la Tierra, pero viajando a esa velocidad, llegará la próxima noche.

-Quizá llegue antes de lo que usted supone. Todavía le quedan cuatro fases y, si cada, vez que se desprende de una de ellas, aumenta la velocidad, puede llegar, a la Tierra en pocas horas.

Por el altavoz llegó un nuevo informe.

-General Kusman. Vuelve a bajar la velocidad. Ahora son 60.000 kilómetros.

El general Kusman se levantó de la silla.

-Dotación del «Cohete Azul», síganme.

Los tres pilotos fueron tras el general hasta una de las pantallas.

El general la iluminó y en ella apareció un enorme mapa de la Tierra. Comprendía las cinco partes del mundo.

Kusman dijo:

-En este momento no sabemos en qué punto tocará la Tierra esa cosa que llega de Venus... Cada uno de ustedes estará listo para tripular un «F-222». Mis instrucciones son las siguientes:

Miraba alternativamente a los tres hombres a los que se dirigía. Su voz era cortante, seca y ordenancista.

-Llamaremos hora cero al momento en que ese cohete, o lo que diablos sea, se encuentre a una distancia de la Tierra que sea posible al doctor Kraus establecer casi con exactitud el lugar donde se posará o chocará. Cada uno de ustedes estará en su avión. Daré las órdenes desde aquí y las recibirán simultáneamente. Volarán independientemente hacia el lugar establecido... Y ahora escúchenme con atención. No quiero héroes en este Comando. Sólo necesito información... Volarán con las debidas precauciones sobre el lugar que llamaremos Centro de Experimentación. Fotografiarán, sacarán películas y grabarán cuantos sonidos lleguen de ese objeto. Estarán permanentemente en comunicación conmigo y me dirán cuanto vean sus ojos... Saben que los «F-222» están preparados para enviar, simultáneamente a las tomas, sus fotografías a la base y que, en pocos segundos, las podré ver yo reflejadas en la pantalla. Empezarán a volar a 10.000 metros de altura sobre el objeto y descenderán 1.000 metros en cada vuelo. No doy autorización para volar por debajo de los 5.000 metros hasta nueva orden. ¿Alguna pregunta?

Los tres pilotos negaron con la cabeza.

-Salgan y estén preparados en los «F-222». Tienen media hora para comunicarme desde allí su presencia.

Los tres pilotos saludaron y salieron del salón Verde.

El sargento Connors entró en el salón Verde.

-General Kusman.

-Diga, sargento.

-Han llegado más periodistas y seguirán llegando. Ya son más de cincuenta, señor. Están continuamente protestando. Han nombrado a un representante para que hable con usted.

-Conque ya hicieron su primera votación. ¿Quién es el elegido?

-Alex Master, de Prensa Unida.

-Está bien, que pase el señor Master.

El sargento abrió la puerta y entró un hombre de cincuenta años, de cabello blanco.

-General Kusman -dijo con voz persuasiva- usted sabe cuál es nuestro deber. Informar al pueblo, y le aseguro que el pueblo de Estados Unidos está ansioso por conocer qué es lo que viene hacia la Tierra desde el planeta Venus.

-Conque ya saben que viene de Venus.

-General, en Cabo Kennedy no están todos los científicos del país.

-De acuerdo, señor Master. Hablaré a todos ustedes.

Fue con Master hacia la sala de Prensa, que parecía una pajarera. Todos gritaban al mismo tiempo.

El sargento Connors que acompañaba al general habló por un micrófono.

-Atención. El general Kusman ha accedido a informarles.

El general Kusman esperó pacientemente a que se hiciese el silencio.

-Caballeros -habló por el micrófono-. Bien venidos a Cabo Kennedy. Es un honor para nosotros tenerlos como visitantes.

Hubo risas y también sonrió el general. Era otra de sus características. Sabía hacer frente a aquellos hombres, los periodistas, que eran osados y con inteligencia aguda.

Uno de los periodistas dijo:

-General, ésta es una visita de cortesía.

-No, ya sé que no. Quieren información, y alguno de ustedes se sentiría muy satisfecho si se llevara mi piel.

Hubo nuevas risas.

El general prosiguió sin inmutarse.

-Soy el jefe de la misión «Cohete Azul». ¿Qué es «Cohete Azul»?... La primera expedición humana a Venus. Y ahora resulta que Venus, se nos adelanta enviándonos un cohete de cinco fases. Caballeros, ustedes saben que el trabajo que debíamos realizar en Venus es absolutamente científico. Espero que el cohete que nos envían a nosotros cumpla también ese objetivo, sondear la Tierra, o, en el peor de los casos, conocer mis medidas craneanas o la longitud de mis piernas.

El general era muy alto, medía casi dos metros, y sus últimas palabras provocaron nuevas carcajadas.

-Daré orden para que su estancia entre nosotros sea lo más cómoda posible. Sólo les pido una cosa. Que cooperen. Es un deber de todos, de los miembros de la expedición «Cohete Azul» y de ustedes, no provocar el pánico entre el pueblo... Haré unas citas de memoria. Nueva Delhi, 24 de febrero de hace dos años. Un objeto no identificado cayó tres millas al Norte de la capital. Efecto en la población: 1.500 muertos y más de 10.000 heridos... Buenos Aires, 3 de abril del año pasado. Un objeto no identificado, cayó en el mar del Plata. 250 muertos y miles de heridos. No quiero seguir. Ustedes conocen perfectamente otros ejemplos. Están autorizados a enviar sus crónicas, pero les hago un ruego... Cuidado, no provoquen el pánico. Podía ser espantoso para miles de personas. Nadie tiene derecho a jugar con la vida del prójimo. Todos tienen que saber que hombres capacitados de esta Base están haciendo frente a la emergencia, y que pondrán todos sus conocimientos al servicio del país y del mundo. Eso es todo por ahora, caballeros.

* * *

Frank Bennet, estaba en su «F-222».

Más allá veía a sus dos compañeros, en los otros «F-222». Los tres estaban listos para despegar, en comunicación directa con el general Kusman.

-¡Atención... -oyó la voz del general-. El cohete desprende la última fase.

Durante las últimas horas, se habían desprendido las otras fases y el cohete aumentó en velocidad, pero luego la disminuyó.

El general prosiguió:

-80.000 kilómetros por hora... Baja velocidad a 70.000...
¡Localizado el punto de colisión con nuestro Planeta! ¡150 millas al
Este de Jacksonville Beach! ¡Adelante, muchachos y suerte!

Frank Bennet hizo un saludo con la mano a sus dos compañeros y
ellos le correspondieron.

En seguida los tres aviones despegaron verticalmente, gracias a sus
rotores de despegue y, cuando estaban cincuenta metros de la pista,
salieron como flechas y tomaron altura en muy pocos segundos.

Frank vio abajo el océano Atlántico. El punto de contacto estaba
demasiado cerca de la Base, dada la velocidad que podían alcanzar los
«F-22».

Oyó la voz del general Kusman.

-¡El cohete entra en la atmósfera terrestre!... Se va a producir el
choque contra el mar!...

Los tres «F-22» se estaban acercando a Jacksonville Beach.

Los «F-22» tenían varios tomavistas. Todos ellos estaban en
funcionamiento y, cada una de las tomas se reflejaba en una pantalla
distinta.

Frank observó las diversas imágenes y localizó la de Jacksonville
Beach. Algo como una esfera luminosa, rasgó al cielo y chocó contra el
agua en el momento en que el general Kusman gritaba:

-¡Colisión del objeto contra el mar!... ¡Informe, Bennet!

-¡Lo he visto, señor! Treinta millas al Norte. Voy hacia allá.

Oyó que sus compañeros decían lo mismo.

Los tres «F-22» pasaron por el lugar donde se había producido la
colisión. El agua parecía hervir y se habían formado grandes ondas,
que se ensanchaban rápidamente.

Bennet informó a la Base:

-¡Hemos llegado al Centro de Experimentación, general!... Altura
10.000 metros.

-¡Bajen, muchachos!... ¡Recuerden! De 1.000 en 1.000... ¡Bennet, por la derecha!... ¡Marvin por la i; quiérela!... ¡Taylor, por el centro!...

Los tres «F-222», siguiendo las instrucciones del general, volvieron al punto de contacto del objeto.!

El agua había dejado de hervir.

Frank no necesitaba informar porque el general lo estaba viendo en la pantalla. Pero no se veía absolutamente nada, y, poco a poco, las ondas desaparecieron.

-Continúen las pasadas y descendiendo -ordenó el general.

Cuando llegaron a los 5.000 metros, el mar estaba completamente normal, con olas de dos metros aproximadamente.

Bennet dijo:

-General, pido autorización para hacer un vuelo rasante.

-Permiso denegado... Seis unidades navales atómicas de la Base que se encontraban cerca del punto, navegan a toda marcha hacia ese lugar. Conserven los 5.000 metros de altura... Una de las unidades es un porta «F-222». Aterrizarán en el siguiente orden: Marvin, Taylor y Bennet... Me dirijo hacia ahí.

Pronto descubrieron las naves que se acercaban a toda máquina.

Frank estableció contacto con Marvin.

-¿Qué te parece, Ray?...

-Demasiada tranquilidad.

Frank estaba mirando en la pantalla la imagen que localizaba el punto de colisión.

Vio una mancha blanca en la profundidad.

-¡Marvin!, mira eso.

-¿Qué es, Frank?

-Algo blanco que sube... No lo distingo bien... ¿Lo ves tú, Taylor?

-Lo mismo que vosotros, es una mancha blanca.

Frank Bennet hizo girar su aparato y enfocó otra vez el punto. La mancha blanca estaba llegando a la superficie. Y ahora, emergió.

Oyó la voz de Marvin.

-¿Estás viendo lo mismo que yo, Frank?

-Sí, Marvin... Una estatua...

-¡Maldita sea! ¿Para eso nos hicieron venir aquí?

-¡Cállate, Marvin! Es una estatua de mujer.

-¿Qué otra cosa podíamos esperar que nos mandasen de Venus?

-Para que flote tiene que estar hecha de madera o de algún material plástico -habló Taylor.

-Quizá esté viva -dijo Bennet-. Voy a descender.

-¡No puedes, Frank!

-Voy a descender.

-Frank, te jugarás tu futuro con el general Kusman.

-Esto es más importante que mi futuro con el general Kusman... Los barcos se están acercando. ¿Recuerdas al Caballo de Troya?... Esa estatua puede ser un explosivo termo-nuclear... Necesito verla de más cerca.

Frank se lanzó en picado y, cuando estaba a una altura de seiscientos metros, enderezó el aparato, el cual voló a quinientos metros. Llegó a más su atrevimiento al poner en marcha los dos rotores de contención, como si fuese a aterrizar. De esa forma, la velocidad del «F-222» llegó a ser la mínima.

El tomavista del tren de aterrizaje tomaría la pe líenla de aquella estatua.

Frank la vio con nitidez. La estatua era la de una mujer completamente desnuda, de líneas purísimas curvas armoniosas, con senos grandes, proporcionados a la cintura y a la anchura de sus caderas. Sí, era una estatua de la mujer más hermosa que él había visto en, su vida.

Esa era la cosa que había llegado de Venus.

CAPITULO III

Los barcos ya habían llegado al punto.

No había sobrevenido ninguna explosión.

Las cámaras tomavistas de los barcos estaban filmando, con los objetivos fijos en la estatua que flotaba en el mar.

Los «F-222» aterrizaron en el pequeño portaaviones, destinado exclusivamente para ellos.

Y minutos después llegó otro «F-222», en el que viajaban el general Kusman, con los científicos de la misión «Cohete Azul» y la doctora Haley.

El general, después de ser saludado por los altos jefes del navío, se dirigió con su larga zancada hacia donde se encontraban los pilotos.

-Capitán Bennet, ¿por qué descendió a 500 metros?

-Pensé que podía haber peligro para nuestros navíos. Se iban a acercar demasiado, y, si se producía un ataque, lo iban a pasar mal.

-Usted quiso sacrificarse, ¿no? Si alguien lo hubiese pasado mal, habría sido usted el que volase por los aires.

-Sí, señor.

-Considérese arrestado.

-Sí, señor.

-Aplazaremos este diálogo hasta nuestro regrese a la Base.

-Sí, señor.

El general había dado órdenes desde el «F-222», porque varios hombres ranas se habían lanzado al agua y estaban haciendo su trabajo bajo el mar.

Dos de ellos regresaron al barco y se presentaron ante el general Kusman.

-Señor, hay un vehículo en el fondo, a unos cuatrocientos metros... Sus puertas están abiertas y pude ver el interior. No había nada, absolutamente nada. Por el tamaño del vehículo indica que sólo contenía la estatua. Al llegar al fondo, las puertas se abrieron automáticamente y escupió el objeto que flotaba.

La estatua se mecía sobre las olas.

El general se masajeó el mentón.

-De acuerdo. Icen la estatua a bordo. Utilicen todos los medios para no agitarla.

-Estamos preparados, señor -dijo el comandante del navío, Miller.

-Comandante, quiero ese cohete que cayó en el mar.

-Tardaremos un par de horas en sacarlo.

-Procure rebajar el tiempo lo que pueda, y envíelo inmediatamente a la Base.

Kusman levantó la voz hacía el personal que integraba la misión «Cohete Azul».

-Todos ustedes a casa conmigo.

La doctora Haley se retrasó un poco, hasta que Frank se le unió.

-¿Qué esperaba, capitán Bennet?... ¿Ser el primer hombre para la mujer llegada de Venus?

-No sabía que hiciese chistes, doctora -le contestó Frank con el mismo sarcasmo.

La joven miró la estatua.

-Comprendo la reacción de su instinto. Es muy hermosa.

-Yo prefiero a ciertas terrícolas -le contestó él-. Con la condición de que estén bien de reflejos. Ya sabe usted a qué clase de reflejos me refiero.

-Podía haberse ahorrado sus últimas palabras. Lo sé perfectamente.

La estatua había sido instalada en una sala.

Los periodistas habían querido fotografiarla, pero el general Kusman fue terminante a este respecto. No habría fotografía de la estatua llegada de Venus, hasta que los del Laboratorio la hubiesen examinado.

El general Kusman y sus colaboradores examinaban la estatua de aquella hermosa mujer.

-¿Medidas?... -preguntó el general.

-1, 70 de talla -contestó el doctor Zedin.

-¿Perímetro de pecho?

-90 centímetros.

-¿Cintura?

-65 centímetros.

-¿Caderas?

-90 centímetros.

-Una mujer perfecta, si tuviese vida, ¿no, doctor Zedin?

-Sí, general. Yo diría que es el ideal como mujer. Al menos como las que conocemos en la Tierra. Y eso es algo extraño. ¿Cómo supieron dar esas medidas a una mujer que viene de otro planeta?

-Indudablemente, tuvieron en cuenta los destinatarios.

-Es posible, general.

Kusman dio un suspiro.

-¿De dónde tomará muestras?

-Sería una lástima, destruir la estatua. Las tomaré de la planta del pie.

-Hágalo y realice los exámenes con urgencia. Haga trabajar al

laboratorio al máximo de su rendimiento. Estaré en mis habitaciones. En cuanto sepan algo, vengan a informarme.

-Sí, señor.

-Capitán Bennet, acompáñeme.

Los compañeros de Frank miraron a éste con lástima.

Frank se encogió de hombros y fue tras el general.

Poco después se encontraban en las habitaciones particulares de Kusman.

El general escanció whisky en dos vasos y ofreció uno a Frank. Este se quedó un poco perplejo.

-A la salud de esa mujer, capitán Bennet.

Frank no supo responder. Pero como el general estaba bebiendo, él también bebió.

-Dígame, Bennet, ¿qué opina de todo esto?

-¿Por qué quiere conocer mi opinión, general?

Kusman sonrió.

-Tiene usted fama de mujeriego. ¿Y qué es lo que nos enviaron de Venus?... Una mujer.

-General yo no sabía...

-¿Que estoy al corriente de sus pasos? Lo sé todo respecto a usted. Si no lo supiese, jamás habría aceptado ser el jefe de la misión «Cohete Azul». La doctora Haley me dio su índice de salubridad... Seis y medio, el más bajo de los componentes de la expedición. Le pregunté las causas y ella se limitó a contestar: Poco descanso.

-¿Dijo eso?

-Sí, capitán Bennet. La doctora Haley no quiso ahondar en las razones de su poco descanso. Pero yo tengo mi Servicio de Inteligencia... Y no crea que tengo establecido un cuerpo de soplones. Son mis dos ojos, mi cerebro, mis orejas. Todo esto es lo que forma parte de mi Servicio de Inteligencia. Adelante, capitán Bennet, diga

porque nos mandaron «eso».

Frank dijo:

-¿Puedo sentarme, general?

-Sí, póngase todo lo cómodo que quiera.

Frank se sentó en un sillón, pero el general quedó de pie. -Estoy esperando, capitán. -No puede ser un obsequio. Costaría demasiado caro el enviar una estatua a través de miles de kilómetros.

-A mí me prohibiría el gobierno de Estados Unidos hacer un despilfarro de esa clase. Recuerde que al principio sólo enviábamos monos. Pero ellos nos, daban buenos resultados.

Bennet hizo chascar los dedos.

-General, ¿qué le parece esto? La estatua contiene en su interior aparatos transmisores.

-Es posible.

-Eso lo explicaría todo. Ellos piensan que aceptaremos la estatua y que la dejaremos en paz... La estatua puede contener transmisores de una potencia desconocida para nosotros. Podría estar hasta recogiendo nuestra conversación.

Kusman se dirigió hacia una mesa y descolgó el teléfono.

-¿Laboratorio?... Aquí el general Kusman. Quiero un examen de profundidad de la estatua. Quiero ver su contenido como si se tratase de un ser humano... Empleen ustedes rayos catódicos, rayos láser o rayos X... ¡Lo que sea! Quiero tener ante mí verdaderas radiografías de la más insignificante pulgada de esa piedra... ¡Y en el menor tiempo posible!

Luego colgó.

-Puede retirarse, capitán Bennet.

Frank dejó el vaso sobre la mesa y se dirigió a la puerta.

-Capitán...

-Diga, señor.

-He reconsiderado su diablura. Efectivamente, había un número alto de posibilidades de que se tratase de una bomba termonuclear, o algo parecido, o también lo pensé. Al nivel que han llegado nuestros experimentos con respecto al espacio y, dado que se trataba de un vehículo realizado por mentes inteligentes, el cohete podría haber sido el comienzo de un ataque de otra galaxia. ¡Maldita sea, lo que e estoy diciendo es que le levanto el arresto!

-Gracias, general -sonrió Bennet y salió de las habitaciones de Kusman.

CAPITULO IV

El doctor Zedin dijo:

-La estatua es completamente sólida, general.

-¿Quiere decir que no hay ningún compartimento?

-Ninguno.

-¿Ningún receptor?

-No, general.

-¿Tampoco tiene transmisores?

-No señor, no los tiene.

-Entonces, ¿qué diablos tiene esa estatua?

-Nada, general.

-¿Me va a decir que es simplemente eso, un estatua?

-Sí, general. Es sólo la estatua de una mujer.

-¿Cuál es su material?

-Ya le dije que era desconocido para nosotros. Tiene la dureza del mármol de Carrara. Puedo decirle que es un material antimagnético y absolutamente opaco.

-¿Y cómo la hicieron?

-Parece haber sido moldeada, en cuyo caso excluye la mano de un artista. Desde luego puedo asegurarle que fue sometida a radiaciones...

Con el doctor Zedin estaban los doctores Carroll, ron y Kraus.

-¿Suscriben ustedes las palabras del doctor Zedin? -preguntó el general.

-Hemos hecho el trabajo en común -respondió el doctor Carroll-. Nos hacemos responsables de as conclusiones que acaba de oír del doctor Zedin.

Kusman paseó nervioso por la estancia.

-¿Por qué nos enviaron «eso»? -se detuvo mirando a sus colaboradores-. Se admiten sugerencias.

Pero todos guardaron silencio.

Kusman sacudió la cabeza.

-Está bien, caballeros. Gracias por todo. Necesitamos descansar. Son las once de la noche. Nos reuniremos a las ocho de la mañana. Quiero que se realice un nuevo examen de la estatua, y esta vez comenzaremos de nuevo por el principio.

* * *

El teniente Farrell, de las Fuerzas de Vigilancia de la Base, observó la estatua.

-Te vas a quedar sola, muñeca.

Dos soldados le acompañaban. También ellos miraban con atención a la hermosa estatua de formas tan perfectas.

-Caramba, teniente -dijo uno de ellos-. Co una mujer así, yo haría lo que me pidiese.

-Cuando encuentre una como ésta, avíseme y le daré unas vacaciones extra por Navidad.

Los tres rieron.

-Vamos, muchachos -dijo el teniente.

Primero salieron los soldados y luego lo hizo el teniente Farrell, quien tras cerrar la puerta, hizo funcionar el cerrojo de seguridad.

-Usted hará la primera guardia ante esta puerta, soldado O'Sullivan. Será relevado dentro de cuatro horas.

-Sí, teniente.

-Hasta luego, no piense demasiado en ella -so» rió el teniente señalando hacia la puerta que dan acceso a la nave.

-Prefiero pensar en mi chica.

El teniente y el otro soldado se marcharon, dejando a O'Sullivan en el corredor prestando su guardia.

* * *

La estatua estaba allí, a solas, en su desnudez.

Permanecía inmóvil porque no tenía vida.

Y de pronto se oyó un pitido lejano, como si viniese de lo más alto de la atmósfera y traspasas los muros.

En la estatua comenzó a ocurrir algo. La superficie de aquel material desconocido por los humanos emanó una luz.

Y la estatua empezó a desdoblarse. Estaba saliendo algo de ella. Un doble exactamente de aquella mujer. Y aquella figura que salía del extraño material, se parecía en todo a una mujer de la Tierra, sólo que no estaba desnuda. Cubría su cuerpo con una tela parecida al lame dorado.

Continuaba el pitido y, seguía brotando de aquella estatua la mujer, hasta que terminó de salir.

Entonces en aquella sala hubo dos cuerpos, el de la estatua, que seguía siendo la misma, y el de la mujer humana.

Ella inspiró profundamente y movió las manos, abriéndolas y cerrándolas. Y luego echó a andar con ligereza hacia la puerta.

El pitido cesó.

Al llegar ante la puerta, la mujer se detuvo.

Sus ojos eran grandes y azules, y de ellos brotó una luz que incidió sobre la puerta.

Al otro lado de ella se encontraba el soldado O'Sullivan haciendo su guardia.

Sintió una extraña sensación, como si el sueño se apoderase de él súbitamente. Cerró los ojos varias veces y los volvió a abrir. Pero continuó siendo víctima de aquella sensación. Y de pronto dio la vuelta y despasó el cerrojo.

Luego, el soldado permaneció completamente inmóvil con los ojos fijos en un punto indeterminado.

La puerta se abrió y aquella mujer que se cubría con la tela de lame de oro, salió de la nave y cerró pasando el cerrojo.

Sus ojos seguían emitiendo aquella luz que ahora incidían en la cabeza de O'Sullivan. Este se apoyó en la pared y pareció quedar profundamente dormido.

* * *

La mujer que había brotado de la estatua llegada de Venus salió del edificio y, amparándose en la oscuridad de la noche, se dirigió a los *bungalows* en donde vivían los miembros del personal auxiliar de la Base.

Cruzó el pequeño jardín del *bungalow* número 12 y pulsó el timbre.

Le abrió un hombre que parecía tener cuarenta años, de estatura mediana, de rostro apacible.

-Pasa, Mega.

Ella entró.

-¿Cómo estás, Drago?

Cuando ella hubo entrado, Drago cerró la puerta.

Fueron al centro de la estancia. Entonces el hombre llamado Drago, dijo:

-Mega, es importante que a partir de ahora no me llames Drago. Soy Eddie Anders. En cuanto a tu nombre, eres Stella Trenton.

-Soy Stella Trenton. Sé perfectamente mi biografía. Nací en Los Angeles, y tengo veintitrés años. Mis padres murieron. He sido modelo de fotógrafo, pero luego estudié secretariado de dirección, y ahora estoy empleada en la Base.

-Sabes que la biografía sólo te servirá para el caso de que tus víctimas te sometan a un interrogatorio.

-Sí, Eddie.

-Debes proceder sin pérdida de tiempo.

-Estoy preparada.

-Sígueme.

La llevó a un dormitorio y Eddie Anders hizo correr las puertas de un armario. En su interior había una docena de vestidos femeninos. Abrió cajones donde había ropa interior. Le mostró otras prendas femeninas y zapatos.

-Aquí está tu equipo para que pases por una mujer de la Tierra.

-Qué cosas más raras se ponen aquí.

-He tenido que vivir con ellos durante cinco años y sé bien lo que se ponen.

-Habrán sido cinco años insoportables.

-Sí, Stella, pero ha llegado la oportunidad de que yo vuelva. Bastará con que tú obtengas un completo éxito en tu trabajo y los dos regresaremos.

-Descuida, Eddie, mi trabajo será un éxito.

-Es lo que deseamos todos.

-¿Qué modelo me pongo?

-El que tú quieras. ¿O no te dieron lecciones de gusto femenino de la Tierra?

-Claro que sí, pero veo aquí cosas preciosas.

-Cuidado, Stella, no empieces a pensar como una mujer de la Tierra.

La joven eligió un modelo de noche, corto, negro.

-¿Quieres salir, Eddie?

-¿Qué te pasa?... Puedes vestirte y desvestirte en mi presencia, como lo hacemos allí.

-Pero aquí estamos en la Tierra, y me dijeron que debía proceder como una mujer de este planeta.

-Date prisa, tengo que darte las instrucciones complementarias.

Eddie Anders salió al *living*.

Puso la televisión. En la pantalla apareció Times Square, en Nueva York, donde se agolpaba una inmensa multitud. La voz del locutor decía:

-«En todas las capitales del mundo se han producido aglomeraciones como ésta, a la espera de noticias acerca del vehículo espacial que hoy llegó a la Tierra procedente de Venus. El general Kusman, jefe de la misión «Cohete Azul», con destino a Venus, no quiso facilitar en un principio un informe acerca del objeto que cayó cincuenta millas al Este de Jacksonville Beach. Pero hace apenas media hora, el general Kusman ha facilitado una película sobre dicho objeto que pasamos a continuación. Advertimos que, simultáneamente, se está pasando en todos los canales de la televisión del mundo.

El locutor guardó silencio y en la pantalla se borró la imagen de Times Square y apareció la de la estatua cuando estaba flotando en el mar.

Y a esa imagen siguió otra, la estatua mientras era izada por el helicóptero, y después cuando fue depositada en la cubierta del porta «F-222».

Hubo otro corte y se vio en la sala de la Base, donde había sido por fin depositada.

Se oyó otra vez la voz del locutor:

-Sí, señores, es una estatua, una estatua perfecta, digna del mejor escultor de todos los tiempos... Asombra su perfección porque sus líneas son las de una mujer de nuestro planeta. Y es lo que nosotros nos preguntamos... ¿Cómo es posible que alguien, extraño a la Tierra, haya logrado una estatua donde se reflejan estas medidas tan extraordinarias, que resumen la belleza de nuestras mujeres?... Es un misterio que el general Kusman y sus colaboradores tendrán que resolver. Pero, mientras tanto, la población del mundo debe permanecer tranquila. A continuación, el propio general Kusman se dirige a ustedes.

Apareció el general Kusman, con su cabello canoso, alborotado, los ojos brillantes, el gesto enérgico.

-He dado mi consentimiento a la transmisión de estas imágenes y a mi aparición personal en estas pantallas. Debo decirles que nuestra calma es absoluta. Estoy rodeado de un grupo de los mejores científicos y ellos están estudiando en estos momentos la estatua que ustedes han visto. Y cuando yo obtenga los informes oportunos, los haré llegar, a la Prensa y a las emisoras de televisión. Mientras tanto, nadie debe perder la serenidad. No ocurre absolutamente nada. Desmiento categóricamente que la estatua llegada de Venus contenga explosivos de cualquier clase. Es simplemente eso: Una estatua sin vida...

Eddie sonrió mientras apagaba el televisor.

Stella Trenton salió del dormitorio.

-¿Qué tal estoy?

-Preciosa, como diría un terrícola.

-¿Y qué más diría?

-Que eres cautivadora, seductora, y algunas cosas más... Pero dejemos eso. ¿Has oído lo que ha dicho ese hombrecito al que llaman general Kusman?

-No me he perdido una sola palabra. Podría empezar por él.

-No nos interesa hasta el final.

-Pero es el más famoso, puesto que salió en la televisión.

-Tendrás que atenerte a mis instrucciones.

-Sí, Eddie.

-Tu primera víctima será el doctor Pierre Aron.

-De acuerdo, Eddie.

De pronto Eddie Anders se llevó una mano al cuello.

-¿Qué te pasa, Eddie?

-Me estoy helando. La temperatura aquí es sólo de veintitrés grados.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una caja azul, de la que extrajo un comprimido rosa que se metió en la boca y que ingirió.

Luego, él mismo se cogió la muñeca.

-Treinta grados -dijo-... Cincuenta... Ochenta grados.

-Te has descuidado demasiado, Eddie.

-Fue tu espera. Me olvidé de la temperatura...

Cien grados... Ya pasó el peligro. Y a propósito de la temperatura, recuerda que tú también trabajarás con un tiempo limitado..

-No lo olvidaré.

-¿Lo llevas todo?

Stella mostró un pequeño bolso.

-Sí, aquí está.

-Entonces, ponte en marcha hacia Pierre Aron.

CAPITULO V

Pierre Aron estaba examinando las fotografías del espectro de la materia de que estaba hecha la estatua.

Estaba asombrado. El espectro parecía corresponder a un objeto sólido con un potencial térmico o calorífico de más de trescientos grados.

Sin embargo, había tocado aquella estatua y su temperatura era absolutamente normal.

Decidió consultar su descubrimiento con el doctor Kraus. Sí, eso sería lo mejor. Invitaría al doctor Kraus a que lo visitase en su *bungalow*. El doctor Kraus estaba observando otro aspecto de aquella extraña materia, su grado de descomposición, al objeto de conocer sus ingredientes.

Ya iba a descolgar el teléfono, cuando sonó el timbre de la puerta.

Pensó que podía ser el doctor Kraus, el doctor Zedin o el doctor Carroll, porque también ellos estaban trabajando sin concederse descanso para que el general Kusman tuviese un informe completo cuando se celebrase la próxima reunión.

El general había dicho que debían empezar por el principio, pero ellos se habían adelantado porque su interés científico había prevalecido sobre todo lo demás. Estaban fascinados por aquella estatua llegada de Venus, y querían arrancarle su secreto.

Abrió la puerta y frunció el ceño al ver en el porche a una hermosa mujer a quien no conocía.

-¿Doctor Pierre Aron?

-Sí.

-Soy Stella Trenton, empleada en la sección de Balística. Le traigo unos documentos con respecto al cohete que trajo la cosa que vino de Venus.

-Pase, señorita Trenton.

-Gracias.

Pierre Aron acompañó a Stella hasta el centro del *living*.

-Siéntese, señorita Trenton.

Aquella joven era la más hermosa y bella que él había conocido en su vida.

Pierre era casado y su mujer estaba en París. Últimamente su matrimonio no iba bien. A Michele le gustaba hacer intensa vida social y él compartió sus gustos en un principio, pero no había podido seguir su juego desde que aceptó la oferta del general Kusman para tomar parte de la expedición a Venus. Y Michele fue precisamente la que lo animó a aceptar, pero él comprendió en seguida por qué. El se había convertido en una estrella de primera magnitud en las grandes reuniones sociales de París. Y cuando llegó el momento de dirigirse a Estados Unidos para incorporarse al equipo del general Kusman, Michele se negó a compartir una vida de sacrificio durante aquellos meses que se consumirían en los preparativos de la expedición.

-No la he visto antes, señorita Trenton.

-Llegué hace poco.

-¿De dónde?

-De Los Angeles.

-¿Puedo ofrecerle una copa?

-Oh, sí, desde luego.

-¿Ginebra? ¿Whisky? ¿Un martini?

-Prefiero un combinado.

-¿Suave?

-No, lo más fuerte que tenga.

Pierre Aron se sintió satisfecho; Le prepararía un combinado fuerte. Demonios, la ciencia debía alternarse con la diversión, especialmente cuando Michele se divertía en París. De eso no tenía la menor duda.

Preparó el combinado y lo sirvió en dos copas. Entregó una a Stella.

Sus dedos rozaron los de ella y sintió un suave escalofrío.

-A su salud, señorita Trenton.

-A la suya.

-¿Un cigarrillo, señorita Trenton?

-Sí, doctor Aron.

-Por favor, llámeme Pierre.

-A condición de que usted me llame Stella.

El doctor Aron se dijo que iba por buen camino, mientras alargaba su encendedor de oro al cigarrillo que ella se había puesto en los labios.

Brotó la llama del encendedor y Pierre Aron notó algo raro en los ojos de ella. Eran de un azul intenso y ahora parecieron enrojecer.

Al retirar la llama, los ojos de Stella recuperaron su color azul intenso.

El doctor encendió su cigarrillo mientras se decía: «Has trabajado mucho y sufres alucinaciones, Pierre.»

-¿Es usted casada, Stella?

-No.

-¿Nunca lo ha estado?

-Nunca.

-Sería increíble si no lo dijese usted.

-No me ha interesado el matrimonio.

-¿Por qué?

-No me ha gustado en particular un hombre. Me han gustado muchos hombres.

Pierre Aron se dijo que estaba en su día de suerte. ¿No le estaba ella haciendo una invitación para que se dejase de prejuicios? Sí, con Stella todo parecía muy fácil.

La joven ya se había bebido el contenido de su vaso.

-¿Le sirvo más, Stella?

-Se lo agradeceré.

Pierre escanci6 de nuevo en la copa de su visitante y 6sta bebi6 un nuevo trago.

El doctor se sent6 a su lado, en el sof6.

-¿Ha encontrado a alg6n hombre aqu6, Stella?

-Todav6a no.

-¿Puedo preguntarle por qu6?

-Ninguno result6 interesante para m6. Pero han empezado a cambiar las cosas.

Pierre se sinti6 m6s halagado que en ning6n otro momento. All6 estaba, al lado de una mujer cautiva dora, y ella se estaba insinuando sin rodeos. ¿No era maravilloso?

De pronto record6 algo. El espectro de la materia de que estaba hecha la estatua. Hablar6a con el doctor Kraus por tel6fono como hab6a pensado, y luego tendr6a todo el tiempo libre para Stella.

Ella le puso una mano en la pierna.

Observ6 que la joven hab6a apoyado su cabeza en el respaldo y ten6a los labios entreabiertos.

-Pierre, quiero que me beses.

Se inclin6 sobre Stella y la bes6.

Le embarg6 una sensaci6n de felicidad al unir sus labios a los de ella. Nunca 6l hab6a besado unos labios tan jugosos.

Apart6 su boca y dijo:

-Stella, tengo que resolver algo muy importante.

-¿Ahora?

-Me llevar6a muy poco tiempo.

-¿A qu6 te refieres?

-Debo dar un informe al doctor Kraus.

-¿Sobre qu6?

-Sobre esa cosa que llegó de Venus, como tú la llamaste. Eso me recuerda que me traías un informe.

-¿Por qué no olvidas por un momento al doctor Kraus y el informe que te traía?

-Tengo un proverbio, Stella. Es preferible acabar antes con el trabajo para dedicar todo el tiempo a una mujer.

Pierre se levantó para ir al teléfono.

Stella estaba sonriendo.

De pronto, de sus ojos brotaron rayos de luz que incidieron en la nuca del doctor Pierre Aron.

Él continuó andando hacia la mesa, pero al llegar allí se detuvo y sus piernas se doblaron.

-Stella.

-Dime, querido.

-Estoy un poco mareado..

Aquella luz seguía brotando de los ojos de la hermosa joven.

-Stella, ¿me quieres alargar el teléfono?

La joven no se movió.

-Stella. ¿No me has oído?

-Sí, te he oído, querido.

-Por favor, debo dar un informe al doctor Kraus. -Pierre se llevó una mano a la cabeza-. Tengo sueño, mucho... Demonios, ese combinado me hizo más efecto que a ti, y yo soporto muy bien el alcohol. Llevo bebiendo desde hace mucho tiempo.

-Ven aquí, querido.

Pierre se volvió y quedó por un momento deslumbrado por la luz que salía de aquellos ojos.

-Stella, ¿qué es eso?...

-Ven aquí, querido -insistió la joven.

El doctor Aron echó a andar hacia el sofá, pero ya se estaba tambaleando. Se dejó caer en el lugar donde había estado sentado momentos antes.

Stella le seguía enviando su luz sobre los ojos.

-Duerme, querido.

Pierre cerró los ojos. Pareció sumirse en un profundo sueño.

Entonces los ojos de Stella dejaron de emitir aquella luz. Sacó su bolso y extrajo un extraño aparato que tenía electrodos. Colocó uno de éstos en sien izquierda de Pierre y otro en la sien derecha.

Los dos electrodos partían de una pequeña caja que contaba con una especie de manómetro y tres botones. Dio la vuelta sucesivamente a los tres botones y la aguja subió rápidamente de los cero doscientos, y, lentamente, del doscientos al quinientos. Se detuvo allí. Stella hizo retroceder los botones y la aguja descendió a cero.

A continuación, Stella quitó los electrodos de las sienes de Pierre Aron.

El cuerpo de Pierre se venció cayendo en sofá.

Stella se inclinó sobre él.

El doctor despertó de su sueño.

-¿Me recuerda, doctor Aron?

-No.

-¿Sabe quién soy, doctor?

-No.

-Pero usted sabe quién es.

Pierre se tomó un tiempo para contestar y luego dijo:

-No.

-¿Le dice algo el nombre de Werner Kraus?

-No.

-¿Sabe quién es el general Kusman?

-No.

Aquel hombre que había sido uno de los más relevantes científicos de la Tierra, y por ello había sido elegido para formar parte de la expedición a Venus, parecía como un niño.

Stella sonrió satisfecha.

-Bien, doctor Aron, ya me puedo marchar. Soy muy hermosa, pero yo no soy para usted.

La joven guardó el extraño aparato en su bolso.

seguidamente, salió del *bungalow*.

Poco después entraba en el de Eddie Anders.

-Misión cumplida, Eddie.

-¿Te costó mucho trabajo, Stella?

-Fue fácil. -La joven sacó el aparato de su bolso-. Aquí está toda la materia gris del doctor Pierre ron.

-Maravillosa, Stella. Ahora debes volver a tu compartimento.

-Sí, Eddie.

-Mañana trabajarás de nuevo.

-¿Con el general Kusman?

-El próximo en la lista es el doctor Kraus. Al general Kusman también le llegará su hora, pero es el menos importante, a pesar de ser el jefe de la expedición. Ten en cuenta que sólo es un militar. Sus conocimientos científicos son escasos. Es un hombre que ha llegado a ser lo que es por su gran voluntad y energía.

-Está bien, Eddie.

-Hasta mañana, Stella.

La joven salió del *bungalow* y entró por la misma puerta que había

salido del edificio donde se encontraba la estatua.

El soldado continuaba en su sitio, dormido, apoyado en la pared.

Ella abrió la puerta y entró cerrando tras de Emitió aquella luz de sus ojos hacia la puerta. El soldado que estaba tras de ésta, despertó, pero estaba todavía bajo la influencia de la voluntad de hermosa joven y pasó el cerrojo. Luego el soldado pareció saber dónde estaba. Miró a un lado y a otro y se tocó la cabeza. No sabía nada de lo que había pasado.

En el interior de la sala, Stella se dirigió hacia escultura. Se detuvo ante ella y emitió una vez más sus rayos. La estatua empezó a irradiar de la cabeza los pies una potente luminosidad, y Stella penetró en aquel cuerpo sin vida.

Y unos segundos después, la escultura perdió irradiación y quedó allí sola, como una vulgar e indefensa estatua.

CAPITULO VI

La doctora Nancy Haley estaba examinando al doctor Pierre Aron.

-Doctor Aron, sé que ha perdido la consciencia... Le he inyectado tres dosis de un derivado del ácido ribonucleico, el G-7... Quiero hacer hablar a su inconsciente... Tiene que contestar porque sus pensamientos no han de seguir el proceso natural en su cerebro. Responderá a mis preguntas con rapidez... Doctor Aron, voy a empezar.

La joven hizo una pausa y miró al general Kusman, el cual le hizo un gesto afirmativo.

La doctora volvió a observar al doctor Aron, que no reflejaba la menor emoción.

-Doctor Aron, ¿sabe en qué ciudad nació?...

-No.

-¿Estudió usted en París?

-No.

-¿Está usted casado?

-No.

-¿Forma parte de la misión «Cohete Azul»?

-No.

Nancy Haley dio un suspiro.

-Lo siento, general, pero ya ve usted los resultados.

-¿Cómo es posible que no haya surtido efecto ese ácido?

-Yo tampoco lo sé, general, la potencia del G-7 es la mayor conocida. Aunque usted no es científico, sabrá que el índice de perturbados mentales ha disminuido un noventa por ciento en el mundo con respecto a hace cincuenta años. Y eso se lo debemos al G-7, al derivado del ácido ribonucleico.

-Es ahora cuando me interesa que hiciese efecto. ¿Qué ha pasado para que este hombre se haya convertido en una especie de niño? -se dio cuenta del efecto que producían sus palabras y agregó:- Lo siento, pero no se me ocurre otra cosa al ver al doctor Pierre Aron.

-Usted tiene razón, general. Es como un bebé -dijo el doctor Kraus- pero todavía puede expresar palabras.

-¿Qué palabras? ¡No!... ¡No!... ¡No!... ¡Eso es lo único que sabe decir! Un papagayo, un loro, diría más cosas que él.

El general paseó por la estancia.

Se encontraban en el *bungalow* de Pierre Aron.

El doctor Kraus había pasado por allí para reunirse con Pierre Aron e ir juntos a la conferencia convocada por el general Kusman. Y después lo había encontrado en aquel estado, y en seguida informó al general.

Ese había sido el principio. Y ahora, todos estaban observando a uno de los más eminentes colaboradores de la misión «Cohete Azul», que parecía haber perdido completamente su inteligencia.

-¿Por qué...? -gritó el general Kusman, interrumpiendo otra vez sus paseos-. ¿Por qué tiene que pasar esto ahora?... Hablen... ¿Tiene esto algo que ver con esa estatua que llegó de Venus?...

El doctor Zedin mostró las fotografías del espectro que habían sido estudiadas por el doctor Aron.

-Este debió ser el trabajo que estaba realizando anoche.

-¿Y qué tiene de particular?

-El espectro térmico de la estatua alcanza trescientos grados.

-¿Trescientos grados, dice, doctor Zedin?

-Sí, general.

-¿No le parece absurdo?

-Me parecería absurdo si se tratase de una escultura hecha con materiales terrestres, pero ignoramos con qué fue moldeada.

-Ya deberían saberlo.

-Hemos aunado nuestros esfuerzos, y continuamos en el punto de partida.. El general Kusman descolgó el teléfono.

-Quiero hablar con el teniente Farrell... -esperó impaciente durante unos segundos-. Teniente Farrell, preséntese inmediatamente en el *bungalow* del doctor Pierre Aron.

El teniente Farrell apareció poco después.

-A sus órdenes, señor.

-Teniente, ¿ocurrió la noche pasada algo anormal con respecto a la guardia?

-Nada, general.

-¿Está seguro?

-Ningún soldado rafe dio conocimiento de que hubiese ocurrido algo fuera de lo común.

-¿Quiénes montaron la guardia ante la sala donde está la escultura?

-Los soldados O'Sullivan y Forbes.

-¿Tiene confianza en ellos?

-Absoluta. Yo mismo los elegí para realizar este servicio.

-¿A qué hora acudió usted a la sala?

-A las seis de esta mañana.

-¿Entró usted en la sala?

-Sí, señor. Yo mismo despasé el cerrojo.

-¿Le llamó algo la atención?

-No, señor. La estatua estaba en el mismo lugar donde había sido depositada. Yo mismo desconecté la alarma. Si cualquier persona hubiese entrado en la sala, no sólo tendría que haber salvado la vigilancia, cosa imposible, porque el soldado estaba en la misma puerta, sino que hubiese sonado la alerta en el Control de Vigilancia.

Kusman descolgó de nuevo el teléfono.

-Control de Vigilancia... El general Kusman. Quiero el parte de esta noche. ¿Sin novedad? ¿En ningún lugar de la Base? Gracias.

Colocó el receptor en la horquilla con un golpe seco.

-Nada, absolutamente nada -dijo-. No hubo novedad. Pero aquí tenemos a un hombre de la misión «Cohete Azul» que ha quedado fuera de combate. ¿Por qué...? Nadie conoce la respuesta. De acuerdo, hay que aceptarlo... Caballeros, a partir de ahora extremaremos las precauciones. Teniente Farrell, habrá dos soldados dentro de la sala, y uno fuera.

-Sí, señor.

-Queda rigurosamente prohibida la entrada en la sala a cualquier persona que no lleve un pase firmado por mí.

-Sí, general Kusman.

-Puede retirarse.

El teniente saludó y se fue.

Kusman dirigió otra mirada a Pierre Aron, que seguía inmóvil.

-Hospitalicen a Pierre... Debe continuar su tratamiento, doctora Haley. Quiero saber qué maldita causa provocó que se haya convertido en un infrahumano.

-¿Puedo sentarme, doctora Haley? Nancy levantó los ojos. Era el capitán Bennet. -Desde luego.

Estaban en el comedor de la Base. Frank Bennet ocupó una silla. Nancy Haley estaba comiendo. Una camarera se acercó y saludó al piloto con una sonrisa.

-Hola, Frank.

-¿Qué tal, preciosa?

-Hoy tengo mi tarde libre, capitán.

-Lo tendré en cuenta.

Bennet hizo su pedido y la camarera que era muy bonita, se marchó.

La doctora Haley exhaló el aire de sus pulmones como si explotase.

-Qué frescura. -¿A qué se refiere, doctora Haley?

-¿A qué cree que me puedo referir? Me pide permiso para sentarse a mi mesa y, a continuación, concerta una cita con esa chica.

-¿Celosa?

-¿Yo celosa?

-Es lo que uno deduciría viendo el brillo de sus ojos.

-Estoy llena de furia. Sencillamente eso.

-Perdone que la haya escandalizado. Pero dígame, doctora. ¿Hicimos algo de malo Patty y yo?... ¿Escuchó usted alguna palabra... obscena?

-No.

-Simplemente, Patty me dijo que tenía su tarde libre.

-Puedo imaginar lo que ocurrirá después.

-Doctora, tiene usted un complejo.

-¿Un complejo?

-De frustración.

-¡No sabe lo que dice, capitán!

-¿Se ha mirado al espejo?

-¡Me miro todos los días!

-Sí, ya sé que se mirará varias veces, pero no se ha observado usted desde mi punto de vista.

-¿Y cuál es su punto de vista?

-¿Me autoriza a decirlo?

-Le autorizo.

-Es usted joven, hermosa y bella. Posee esas tres cualidades que desea toda mujer. ¿Y qué hace con su juventud, con su hermosura y con su belleza? Nada, no hace absolutamente nada.

-Ya sé por dónde va, capitán. Según usted, debería permitirle «a usted» algún disfrute de mi juventud, de mi hermosura y de mi belleza. Pero yo no soy Patty.

-Ya sé que no es Patty.

-Pues procure no confundirme.

-Señorita Haley, no hay ninguna cuestión personal en esta conversación. Soy un hombre que no tiene ningún complejo de frustración con respecto a las mujeres.

-No hace falta que me lo jure. Su índice de salubridad...

-Por favor, no me repita que es de seis y medio.

-¡Es usted un insolente!

-Usted me estaba interrumpiendo, señorita Haley. Le decía que esto no era una cuestión personal, y ahora se lo explicaré de otra forma. Su juventud, su hermosura y su belleza, debe ser disfrutada por el hombre que usted ame. Nada más que por él. Era eso lo que quería

decirle. Y ahora, ¿damos por terminado este asunto?

-Se lo agradeceré, capitán. Y también le autorizo a que se retire.

-Señorita Haley, no vine aquí para hablar de complejos. Sólo quería interesarme por el estado del doctor Aron. Lo que ocurrió fue inesperado. Intervino Patty, hablamos y... todo se entretejió.

-De acuerdo, capitán. Acepto sus disculpas.

-No eran disculpas. Le estaba aclarando las cosas.

-¡Terminemos, capitán! Pierre Aron continúa lo mismo. No ha habido ninguna variación con respecto a su estado mental.

-De modo que sigue inconsciente.

-Tiene la edad mental de un recién nacido.

Patty trajo la bandeja de Frank y la sirvió con una sonrisa. Y se retiró contoneando las caderas.

Frank siguió el contoneo con sus ojos.

Cuando miró a Nancy Haley, vio que la joven tenía las mejillas enrojecidas.

-Lo siento, señorita Haley, fue inevitable... Espero que mi índice de salubridad no habrá disminuido.

Ella se levantó.

-¿Se va ya, doctora Haley?

-Sí.

-Pero le falta el postre.

-Ya tuve bastante postre, capitán Bennet.

-¿Me permite que la invite?

-Se lo permitiré para que no vuelva a repetir lo de mi complejo de frustración.

Ella dio media vuelta y se alejó de aquella mesa.

Y Frank Bennet miró las caderas de la doctora Haley.

Demonios, su contoneo era superior al de Patty.

CAPITULO VII

Eran las nueve de la noche, los soldados Tony Smith y James Galento estaban haciendo la guardia en el interior de la sala donde se encontraba la escultura de la mujer de Venus.

-No sé por qué diablos nos han metido aquí -dijo Tony.

Galento sacudió la cabeza.

-Sí, muchacho, el general ha perdido los estribos. Esta nave tiene una alarma y nadie puede entrar si no eliminan a nuestro compañero Rock... ¿Y quién podría llevarse una estatua como ésa?

-No la podría esconder en el bolsillo.

Los dos rieron.

Smith sacó un paquete de cigarrillos y, para encender, dejaron de prestar atención a la efigie de la hermosa mujer. Entonces de los ojos de ésta brotaron sendos rayos de luz.

Uno de ellos incidió en la cabeza de Tony Smith y el otro, en la cabeza de James Galento.

Tony Smith bostezó.

-Eh, James, tengo sueño...

-Yo también.

-Maldita sea, me estoy quedando dormido de pie.

-A mí me pasa lo mismo.

Los dos se tambalearon.

Tony Smith cayó de rodillas.

-James... Esto no es natural.

Galento miró la estatua y el rayo de luz le dio en los ojos.

Se derrumbó contra la puerta y resbaló por ella hasta quedar sentado en el suelo.

Los dos soldados se habían quedado completa mente dormidos.

Entonces se produjo un pitido y de toda la superficie de la estatua emanó una luz lechosa, radiante.

De la efigie salió la hermosa Stella Trenton, la joven que recibía el nombre de Mega en el lugar de donde procedía.

Cesó el pitido.

Stella se acercó a la puerta y emitió otra vez aquellos rayos de luz de sus ojos.

El soldado que estaba a la otra parte fue también víctima de un sopor y, lo mismo que el soldado O'Sullivan la noche anterior, abrió el cerrojo.

Entonces Stella salió de la nave y pasó el cerrojo.

* * *

El doctor Warner Kraus estaba observando, a través de un microscopio, partículas de la materia con que estaba hecha la estatua.

De cuando en cuando, tomaba nota. En un momento determinado, se quitó las gafas y se frotó los ojos.

Llevaba muchas horas trabajando. No sacaba nada en claro. Toda su ciencia no servía en aquel caso.

El teléfono sonó.

-Kraus al habla.

-Soy el general Kusman. ¿Cómo va eso?

-Lo siento, general, pero no avanzo un paso.

-Es imposible que diga eso. Usted es una eminencia en su especialidad.

-Creí que lo era.

-Lo es, doctor Kraus.

-Nos encontramos ante un misterio fuera de nuestro alcance.

-¿Sabe una cosa, doctor Kraus?... Acabo de oír casi las mismas palabras de otro de sus colegas, del doctor Zedin.

-¿Tampoco él ha adelantado nada?

-Ha sometido a esa maldita materia a un bombardeo atómico, le ha disparado el rayo láser, y no ha conseguido su desintegración... Está bien, acuéstese...

-Continuaré mi trabajo.

-Le ordeno que lo deje por esta noche. La doctora Haley me ha dicho que ustedes están sometiendo su cerebro a un trabajo excesivos. He perdido al doctor Aron y, por este camino, lo único que se va a desintegrar es mi equipo. Váyase a dormir, doctor Kraus.

-Sí, general.

-Hasta mañana.

El doctor Kraus se alejó del teléfono.

Sí, estaba realmente cansado. Durante horas y horas había estado examinando aquella materia. Consultó docenas de libros en donde se exponían teorías con las que nunca había estado de acuerdo, pero, al fallar las suyas, había echado mano a las hipótesis de sus rivales, y tampoco éstas sirvieron para dar una solución o para aclarar sus dudas.

Sonó el timbre de la puerta y acudió al umbral.

-¿Quién es?

Le contestó una voz femenina desde la otra parte.

-Soy Stella Trenton.

-¿Stella Trenton?... No la conozco.

-Trabajo en las oficinas de Infraestructura... Le traigo los informes del doctor Albert Carroll.

El doctor Kraus se sintió emocionado. Quizá el doctor Carroll había obtenido algo.

Abrió la puerta y vio en el hueco a una joven de una gran belleza.

-Pase, señorita Trenton.

-Gracias.

La joven llevaba consigo un bolso. El vestido era blanco, de falda corta.

-No la he visto en la oficina de Infraestructura, señorita Trenton.

-Estoy aquí sólo desde hace unos días.

-¿Trabaja personalmente con el doctor Carroll?

-No. Por desgracia. Pero pienso trabajar con él.

-¿Ah, sí?

-Fue lo que él me dijo.

Kraus observaba el bello rostro femenino. De pronto se dio cuenta de que su mirada podía ser considerada por aquella joven como impertinente.

-¿Me da ese informe, señorita Trenton?

-Desde luego, doctor Kraus.

Stella se llevó las manos a la cabeza.

-¿Qué le pasa, señorita Trenton?

-No es nada. Una jaqueca.

-¿Ha sido súbita?

-No, la siento desde hace un rato.

-Le traeré un analgésico.

-Se molesta demasiado por mí.

-No, señorita Trenton. Le aseguro que no es molestia.

El doctor Kraus dio media vuelta y se dirigió hacia una habitación del fondo.

Los ojos de Stella emitieron aquellos rayos que convergieron en la nuca de Warner Kraus.

El paso del doctor se hizo más lento. No llegó a entrar en la habitación. Cogió el tirador de la puerta y se tambaleó.

-Señorita Trenton.

-Diga, doctor Kraus...

-Por lo visto es contagioso.

-¿El qué?

-El mareo.

-Yo no estoy mareada, doctor Kraus -contestó Stella con una sonrisa mientras seguía proyectando aquellos rayos.

-Yo, sí. Es como si de pronto me hubiese entrado mucho sueño.

-Debe dormir.

-¿Cómo dice?

-Que debe dormir, doctor Kraus.

-Pero... yo debo traerle un analgésico... Cielos, ¿qué me pasa?

Warner Kraus se volvió y miró a la joven.

-Tiéndase en el sofá, doctor Kraus.

-¿Quién... quién es usted?

-He dicho que se tienda en el sofá, doctor Kraus.

-No, no quiero.

-Claro que quiere.

-¡Le digo que no quiero!

-Pero yo se lo ordeno y usted tiene que obedecer.

-Sí..., debo obedecer.

El doctor se dirigió hacia el sofá y, torpemente, se tendió en él. En seguida cerró los ojos. Trató de abrirlos, pero sus párpados le pesaban como si estuviesen... cargados de plomo y los cerró definitivamente.

Stella se sentó a su lado.

-Qué buen chico es usted, doctor Kraus -dijo mientras abría su bolso y extraía su contenido-. Usted nos proporcionará todos sus conocimientos desde su más tierna infancia.

Puso los electrodos en las sienes del doctor y dio vuelta a los tres botones. La aguja del manómetro ascendió hasta el número cincuenta.

-Se resiste: demasiado, doctor. Debe relajarse... Está durmiendo... Usted ha adquirido demasiados conocimientos... Le pesan en el cerebro. En su mente hay teorías y más teorías, pero la suya es la más brillante de todas... ; Cuando se desprenda de esa suma de signos y cíe cantidades, usted podrá vivir felizmente. Como un niño... ¿Lo entiende, doctor Kraus?... No se resista y podrá regresar a su infancia, cuando no tenía ningún conocimiento, cuando su mente estaba completamente en blanco.

La aguja subió a cien y luego ascendió rápidamente hasta los quinientos.

-Bravo, doctor Kraus. Se ha portado muy bien... Ahora vivirá sin preocupaciones.

Desprendió los electrodos, reintegró el aparato a su bolso, y se puso en pie.

-Adiós, doctor Kraus. Que duerma bien. El general Kusman ya no podrá aprovechar nada de usted. Es un objeto inservible, como una mesa o esa silla, un pedazo de materia inerte. Sólo tiene apariencia humana y respira. Tendrá que comer para seguir viviendo. Pero usted ya no participará en la misión «Cohete Azul».

Stella Trenton salió del *bungalow* y se dirigió al de Eddie Anders.

-Eh, un momento -oyó a sus espaldas.

Stella se detuvo y volvió la cabeza.

Un hombre alto se dirigía hacia ella. Era moreno, muy varonil. Lo

sabía bien porque había estudiado a los hombres que habitaban aquel planeta en el que ahora se encontraba. El se detuvo ante ella y sonrió. -Caramba, preciosidad, ¿cómo no la he visto hasta ahora? Esto exige una presentación rápida. Soy Frank Bennet.

CAPITULO VIII

Stella Trenton ya se había preparado para enviar sus rayos y adormecer a aquel joven. Pero al oír su nombre, interrumpió sus circuitos.

-¿El capitán Frank Bennet?

-No sabía que fuese tan conocido.

-No se haga el modesto, capitán -sonrió ella-. Usted es famoso por formar parte de la expedición que irá a Venus.

Frank se tironeó de la oreja mientras admiraba la silueta de Stella.

-Oiga, encanto, ¿dónde estuvo metida todo este tiempo para que yo no la viese?

-Trabajo en las oficinas.

-Aquí hay muchas oficinas.

-Capitán Bennet, soy una recién llegada y mi jefe me prohibió confraternizar con los miembros de la expedición del «Cohete Azul».

-Apuesto a que fue una orden del viejo.

-¿Del viejo?

-Del general Kusman. Está muy interesado en los índices de salubridad.

-Entonces será mejor que usted y yo nos separemos.

El la cogió por un brazo.

-¿Por qué tanta prisa?

-Capitán Bennet, ¿le importa ir a Venus?

-Claro que me importa.

-Entonces los dos debemos obedecer, usted al general Kusman y yo a mi jefe.

-Muy bien, la acompañaré -al mismo tiempo que decía eso, Bennet la impulsó hacia adelante y los dos echaron a andar.

Al cabo de unos metros, Stella se detuvo al recordar que ella tenía que ir al *bungalow* de Eddie Anders para dejar su bolso. Y tenía que regresar inmediatamente a la sala donde estaba la estatua porque su energía calorífica estaba tocando a su fin.

-Eh, todavía no me ha dicho su nombre -dijo Frank.

-Stella.

-¿Stella qué más?

-Trenton.

-¿Sabe una cosa, Stella?... Que tiene una cita para mañana.

-¿Con quién?

-Conmigo, naturalmente -sonrió él.

Frank Bennet pensó en ir al comedor con Stella al día siguiente. Sí, iría al comedor para que la doctora Nancy Haley lo viese con aquella mujer. Ya se estaba divirtiendo en su fuero interno imaginando el gesto de la doctora. Sería divertido, muy divertido.

-Capitán Bennet, es mejor que nos separemos ahora.

-¿Por qué? -Él le cogió una mano-. ¿Qué le pasa, Stella?

-A mí, nada.

-Está helada.

-Debe ser la noche.

-Stella, la temperatura es de veinticuatro grados.

-Entonces es que no me encuentro bien.

-La llevaré con una amiga mía que es doctora.

-Oh, no, de ninguna forma.

-Stella, puede ser algo serio.

Frank había visto la posibilidad de adelantar aquel acontecimiento con la doctora Haley.

-No, sólo es un mal pasajero. En cuanto llegue a mi apartamento, tomaré un comprimido y se me pasará. Adiós, capitán Bennet.

-Quisiera verla mañana.

-De acuerdo -dijo ella y empezó a alejarse.

-Eh, ¿adonde la llamo?

-Yo iré en su busca.

La joven dio la vuelta a la esquina.

Frank se quedó un momento confuso y finalmente fue detrás de Stella. Al doblar la esquina, vio que ella se metía en un *bungalow* del personal de oficinas. Sabía que el hombre se llamaba Eddie, pero sólo había hablado una vez con él.

Demonios, con el tal Eddie. Sabía arreglárselas estupendamente. Sí, señor, tenía gusto para las mujeres.

Dio un suspiro y se encaminó hacia el edificio donde se encontraba su apartamento.

La planta tercera estaba destinada a los pilotos, medio centenar, asignados a distintas misiones.

* * *

-¿Qué es lo que dices, Stella? ¿Con quién te has tropezado?

-Con el capitán Frank Bennet.

-¿Te vio salir del *bungalow* del doctor Kraus?

-No.

-¿Por qué no le diste el tratamiento?

-Me pilló de sorpresa.

-¿Qué estupidez es ésa?

-Me estoy quedando helada, Eddie.

-Cometiste un error.

-Lo subsanaré.

-¿De qué forma?

-Cambiamos el orden de las víctimas. La próxima será Frank Bennet.

Eddie Anders se movió nervioso.

-Esto lo podemos pagar caro.

-Te he dicho que lo arreglaremos, y será mañana mismo.

-Mañana tenías que inutilizar al doctor Albert Carroll.

-Tendrá que esperar a pasado mañana. ¿Qué importancia tienen veinticuatro horas?

-Esos doctores están estudiando todo lo que se refiere a tu envoltura y pueden dar con una solución... Has hecho peligrar nuestro trabajo... ¡Hemos invertido años en esto!

-Por favor, Eddie, me tengo que marchar... Mi temperatura está llegando al cero... Dame un comprimido.

-Sabes que estos comprimidos no te harán efecto.

-Temo no poder llegar a la nave.

-Con un comprimido sólo tendrás energía térmica para unos minutos. Cinco a lo sumo.

-Serán suficientes.

Eddie sacó un comprimido de la caja azul y ella lo ingirió.

-¿Qué tal? -dijo Eddie.

-Un poco mejor.

-Lárgate.

-Sí, Eddie, y por favor, no informes.

-No puedo informar porque yo también peligraría.

Stella echó a correr.

-No tan de prisa, Stella. Puede verte alguien y pensaría que estás huyendo.

-Anoche no me vio nadie.

-Pero hoy sí, y nada menos que el capitán Bennet. Y no quiero que vuelva a ocurrir.

-No ocurrirá, descuida.

Stella salió del *bungalow*.

Poco después entró en el edificio que era su destino. El soldado estaba durmiendo en el corredor, junto a la puerta. Despasó el cerrojo y entró.

Los dos centinelas del interior también estaban dormidos.

Stella puso en juego sus circuitos, pero no bastaron los rayos de luz de sus ojos. Lo intentó otra vez, pero nuevamente falló. Su energía térmica estaba terminándose. Y se preguntó si tendría potencia suficiente para conectar con el circuito de la estatua y que ésta produjese la radiación necesaria para que se produjese el encuentro entre ella y la efigie desnuda.

Se detuvo ante la escultura.

Probó de nuevo. Si no conseguía meterse en la estatua, se destruiría a mí misma en pocos minutos.

La escultura se iluminó débilmente, pero luego aumentó la intensidad de la luz lechosa y se produjo la radiación total.

Stella avanzó, sumergiéndose en la estatua, la cual cesó de irradiar.

Luego, de los ojos de la imagen, brotaron dos rayos que, a través de la puerta, conectaron con el soldado Forbes que pasó el cerrojo y luego despertó del todo.

También despertaron los dos soldados que estaban en el interior.

-¿Qué te pasó, Tony?

-No lo sé, James. ¿Y a ti?

-Es como si hubiese dormido.

-Y yo también. ¿Qué hora es?

-Demonios, han pasado dos horas.

-No puede ser.

-¿Será posible que nos hayamos quedado dormidos los dos?

Los dos miraron hacia el mismo lugar. Pero allí estaba la estatua.

-No, nadie la robó -dijo James.

-Caramba, he pasado un buen susto.

Los dos se acercaron a la figura y la examinaron atentamente.

-Es la misma, ¿verdad?

-Oye. ¿Crees que puede haber otra?

-Tienes razón. Sólo puede haber una escultura como ésta.

-Es mejor que no contemos nada de esto.

-Desde luego.

-Si el general Kusman se entera de que los dos nos hemos quedado dormidos aquí dentro, nos forma un consejo de guerra.

* * *

El capitán Bennet, camino de su apartamento, vio a la doctora

Haley.

-Buenas noches.

Nancy dio un respingo.

-¿La he asustado?

-Sí.

-Disculpe.

-¿Qué tal le fue con Patty? -preguntó ella tras una vacilación.

-No he estado con Patty.

-¿Espera que lo crea?

-Doctora, si le digo que no he estado con Patty, es que no he estado con Patty. Aunque se burle de mí, renuncié a la cita por usted.

-¿Por mí?

-Sí, por usted.

-No le comprendo.

-Se me ha metido en la cabeza, doctora Haley... Sí, ríase, pero la tengo aquí dentro.

-Como a tantas otras mujeres.

-No, doctora. Lo suyo es algo especial. Hasta ahora ninguna mujer se metió en mi cabeza como usted. Y la quiero sacar. ¿Me podría decir por favor algún procedimiento? ¿No tiene alguna inyección que sirva para olvidar a la persona que uno elija?

-No, capitán Bennet, todavía no se ha inventado esa clase de inyección.

-Qué pena. La tengo a usted aquí -se tocó la frente-, y no me sirve de nada. Buenas noches, doctora.

Mientras Frank se alejaba, ella permaneció inmóvil, preguntándose si el capitán Bennet había tratado de embromarla o había hablado en serio.

CAPITULO IX

Un centinela oyó pasos a su espalda y se volvió levantando su metralleta.

-¡Alto!

Identificó al hombre.

Era el doctor Werner Kraus, el famoso doctor alemán que formaba parte del equipo que meses más tarde se dirigiría a Venus.

-Doctor Kraus, no debería estar por aquí. Perdona que se lo diga, pero esta zona está prohibida.

Un poco más allá estaba la nave espacial en que viajaría la misión «Cohete Azul».

El doctor Kraus estaba detenido y se bamboleaba de una forma extraña.

El centinela pensó que el doctor Kraus habría bebido un poco más de la cuenta.

Se acercó a él.

-Doctor Kraus, ¿se encuentra bien?

-No.

Los ojos de Kraus miraban con fijeza al centinela. Este alargó el brazo para cogerlo.

-Venga conmigo a la casilla. Telefonaré para que vengan a recogerlo.

-No.

El soldado frunció el ceño y detuvo el movimiento de su mano.

-Doctor, creo que no está en condiciones de pasear solo por aquí. Son las tres de la madrugada.

-No.

El centinela decidió que tenía que obrar por su cuenta. Debía llevarlo a la casilla.

De pronto, el doctor Kraus le pegó un zarpazo en la cara con la mano izquierda.

El soldado se tambaleó lanzando un chillido.

Las uñas de Kraus se habían clavado en su cara y le habían desgarrado desde el ojo hasta la comisura de los labios.

Se quedó asombrado ante aquel ataque. Y al ver a Kraus ligeramente encorvado, con los brazos abiertos, le recordó a un gorila.

-¿Qué le pasa, doctor Kraus? -preguntó mientras la sangre le corría por la mejilla.

El doctor Kraus soltó un rugido y empezó a andar como uno de aquellos animales que usaban para los experimentos, un mono, o un chimpancé, y no como un ser humano.

En otra oportunidad, hubiese usado la metralleta, pero no podía hacer fuego contra un científico.

Corrió a la casilla y descolgó el teléfono.

-¡Cuerpo de guardia!... ¡Emergencia!... Puesto C de la nave espacial, soldado Luke Johnson... Vengan en mi auxilio. El doctor Kraus se ha vuelto loco... ¡Sí, eso he dicho! ¡El doctor Werner Kraus de la misión «Cohete Azul»!...

* * *

El general Kusman oyó el timbre del teléfono. Su sueño era ligero y despertó en seguida.

-¡Hable!

-General Kusman, ha ocurrido algo insólito.

-¿Qué pasa, maldita sea?

-Se trata del doctor Kraus...

-¿Qué le pasa al doctor Kraus?...

-Se ha metido en la sala de aparatos científicos asignados a la misión «Cohete Azul», y los está destrozando.

-¿Qué?.

-Ha cerrado todas las puertas, señor... Lo estamos viendo gracias a la televisión de circuito cerrado.

-¡Quiero esa imagen!

-Pantalla número cuatro.

El general sostuvo con la mano izquierda el teléfono y con la derecha apretó el botón de control remoto.

En la pared del fondo había media docena de pantallas. Se iluminó la número cuatro y en ella vio lo que estaba ocurriendo en la sala de aparatos científicos.

El doctor Kraus manejaba una barra de acero y con ella estaba destruyendo la Máquina-Araña que servía para trasladarse de un punto a otro de la superficie de Venus.

El general sintió que la sangre le hervía en las venas.

Aquel hombre debía estar trastornado. Pero, al fijarse en Kraus, observó que sus movimientos eran extraños. Correspondían a los de un simio.

Habló por el teléfono.

-¡Tienen que entrar a toda costa! ¡Destruyan ventanas o ábranse paso con explosivos! ¡Quiero el hueco para cuando yo llegue!

-Sí, señor.

Se vistió rápidamente. De cuando en cuando, miraba la pantalla. El doctor Kraus había renunciado a seguir destrozando la Máquina-Araña y ahora estaba dedicado a destruir unos delicados instrumentos medidores de temperatura, presión, condensadores...

Salió de la habitación.

Un coche lo estaba esperando. El sargento Connors lo tripulaba.

-Rápido, sargento, antes de que ese hombre acabe con la misión «Cohete Azul».

El auto corrió a toda velocidad.

De pronto, a lo lejos, el general vio una llamarada y se produjo una explosión.

Cuando llegó, varios soldados se disponían a entrar en la sala.

Vio a los doctores Zedin y Carroll, a Frank Bennet y a la doctora Haley.

-¡Síguenme ustedes!... ¡Soldados, vengan detrás!

Todos entraron.

El doctor Kraus interrumpió lo que estaba realizando.

La explosión no le había afectado porque estaba muy lejos. Sus ojos eran los de un animal salvaje.

El general se detuvo a cinco metros de Kraus, las piernas abiertas, los puños apretados.

-Doctor Kraus, le habla el general Kusman, el que le da las órdenes.

-No.

-Doctora Haley, venga aquí.

Nancy obedeció.

-¿Puede emitir una opinión, doctora Haley?

-Sí, general. El doctor Kraus sufre los mismos efectos que el doctor Aron.

-Pero el doctor Kraus está haciendo otras cosas...

-Sí, hay una variación. El doctor Aron detuvo su regresión en el infantilismo y por eso quedó como un niño. La regresión del doctor Kraus ha llegado mucho más lejos en su evolución hacia atrás.

-¿Quiere decir que se ha convertido en un mono?

-Exactamente, general.

-¡Eso es absurdo!

-Lo está viendo con sus propios ojos.

-Doctor Kraus -dijo Kusman-. Venga acá... Obedezca. De lo contrario, ordenaré a los soldados que lo capturen.

El doctor Kraus se bamboleó como un mono mientras retrocedía. Abrió su boca enseñando los dientes en un gesto feroz.

-¿Tiene alguna duda todavía, general? -preguntó la doctora Haley.

-¡Soldados, captúrenlo! -ordenó Kusman.

Tres soldados se abalanzaron sobre el doctor Kraus. Pero éste saltó sobre una mesa y de allí a una escalera extensible.

El capitán Bennet intervino.

-Déjeme a mí, general. Que no intervengan los soldados o el doctor acabará por matar a alguno de ellos.

Frank Bennet tenía una red en la mano que había cogido de una mesa.

-De acuerdo, capitán, es su turno -asintió Kusman-. ¡Soldados, estéense quietos!

Frank Bennet era tejano y, daba vueltas a la red como un lazo. Se fue acercando a la escalera donde estaba Kraus gruñendo, bamboleándose.

El capitán Bennet, en un momento determinado, lanzó la red. Acertó plenamente porque logró atrapar a Kraus. Este, al verse envuelto en la red, empezó a soltar alaridos y trató de desgarrar la malla con poderosos manotazos y mordiéndola con sus! dientes.

El general Kusman estaba pálido.

-Doctora, ¿qué infiernos están haciendo con mij equipo?

-Tengo que comunicarle algo, general Kusman -dijo el teniente Farrell.

-Hable.

-Los dos soldados que la noche anterior estuvieron de guardia en el interior de la sala donde está la estatua se quedaron dormidos.

-¿Cómo?

-Indudablemente, fueron influenciados por algo.

-¿Qué cosa?

-No lo saben. Pero hay algo más, general. El soldado que estaba fuera, a la puerta, también se durmió.

-¿Están ahí esos tres soldados?

-Sí, señor.

-¡Que entren!

El general Kusman se encontraba con sus colaboradores en el salón Verde. Había convocado una reunión urgente después que el doctor Kraus fue internado en el hospital de la base. Sólo faltaba la doctora Haley, que estaba asistiendo a su paciente.

Los tres soldados entraron en el salón.

El general se dirigió hacia ellos como si fuera a destrozarlos, pero se detuvo a unos pasos.

-El teniente Farrell me acaba de comunicar lo que pasó con ustedes. Quiero que me lo cuenten a mí.

Los tres soldados se miraron y, finalmente, fue James Galento, uno de los que estaban en el interior de la sala, el que habló.

-General, lo hemos discutido entre nosotros, pero no hemos podido sacar nada en claro. Sólo sabemos que nos entró un profundo sueño y que fue repentino. Nos dormimos, pero, cuando despertamos, todo estaba en orden.

-¿Qué quiere decir con que todo estaba en orden?

-La estatua de esa mujer desnuda estaba allí, exactamente como la habíamos visto antes, a nuestra llegada.

-¿Quién estaba fuera?

-Yo -dijo el soldado Rock Forbes.

-¿Qué le pasó a usted?

-Lo mismo que a ellos. Sólo recuerdo que me entró sueño.

-Hay un cerrojo en la puerta. ¿Cómo estaba cuando usted despertó?

-Pasado, señor, como si nadie hubiese salido de allí.

-¿Es todo lo que tienen que decirme?

Ninguno de los tres soldados contestó.

-Teniente Farrell, lleve a estos soldados al hospital y que la doctora Haley se encargue de ellos. Infórmele de lo ocurrido.

-Sí, señor.

Farrell y los tres soldados salieron del salón Verde.

El general se volvió hacia sus colaboradores.

-¡Es la estatua!... ¡Nada había pasado hasta que llegó esa cosa de Venus!... ¡Escúchenme todos! ¡Quiero seis cámaras de televisión en la sala donde está esa mujer desnuda! ¡Quiero que la fotografíen permanentemente desde todos los ángulos!... ¡Quiero saber hasta el menor de sus movimientos, si es que los tiene...!

CAPITULO X

El capitán Frank Bennet descolgó el teléfono. Después de darse a conocer, dijo:

-Quiero que me pongan con la sección de Infraestructura.

-Sección de Infraestructura...

-Aquí el capitán Bennet, de la sección de Pilotos Espaciales...

Quiero hablar con la señorita Stella Trenton.

-¿Stella Trenton?

-Sí, llegó recientemente.

-Perdone, capitán, pero debe equivocarse. Aquí no hay ninguna mujer que se llame Stella Trenton.

-¿Con quién hablo?

-Con Anne Cáster, la jefe de personal de esta sección.

-Señorita Cáster, estoy pensando que quizá la joven que busco no me dio su verdadero nombre. La encontré casualmente la noche pasada. Se la describiré y usted me dirá su verdadera identidad. Tendrá unos veintitrés años y es muy hermosa, esbelta, de rostro bello, ojos azul intenso, cabello rojizo...

-No, aquí no trabaja ninguna mujer con esas características. Y debo agregar algo. No hemos tenido una empleada nueva desde hace seis meses.

Bennet se mordió el labio inferior.

-Gracias, señorita Cáster.

Luego llamó a la sección de personal de toda la base. Conocía al secretario. Se llamaba Mike Lamot y era un hombre muy eficiente.

-¿Cómo estás, Frank?

-Ya te lo puedes imaginar. Fastidiado, y, si continúan las cosas como van, tendrán que mandar a Venus un grupo de robots.

-Ya estoy enterado de lo del doctor Kraus. Lo siento.

-Oye, Mike, te llamaba para preguntarte por una chica que trabaja aquí. Se llama Stella Trenton. Es posible que el nombre sea falso. Me dijo que trabajaba en la sección de Infraestructura, pero no es verdad.

-Descríbela.

Bennet repitió la descripción de la joven que había conocido la noche anterior.

Su amigo le dijo:

-Nuestra computadora electrónica controlará los datos que acabas de darme. Sólo tienes que esperar un par de minutos.

-Esperaré.

Transcurrieron aquellos dos minutos.

-Malas noticias para ti, Frank. No hay nada.

-¿Nada?

-La computadora sólo ha escupido una tarjeta. Pero me temo que no coincide con la descripción que tú me has dado. Te mando su retrato por la pantalla para que decidas.

Frank tocó un botón y con ello iluminó la pantalla que tenía a su disposición, frente a él.

Mike le envió la imagen de una mujer de unos treinta y cinco años. Era efectivamente pelirroja, pero bastante fea, con la nariz un poco torcida. Habló por el teléfono.

-No, Mike, no se parece en nada.

-Ya te lo advertí.

-Gracias, Mike -Iba a colgar, pero recordó algo-. Oye, Mike, ya que estás ahí, te preguntaré por otra persona.

Mike rió del otro lado.

-Oye, muchacho, ¿es que las quieres de dos en dos?

-No, ahora no se trata de una conquista, sino de un tipo. Se llama Eddie Anders. Estoy recordando que trabaja en aparatos electrónicos.

-Sí, sé quién es.

-¿Me puedes decir lo que hay en su ficha?

-Espera otros dos minutos.

-Aquí estaré.

Pasó aquel tiempo y Mike habló de nuevo.

-Te mando la fotografía, Frank.

En la pantalla, la imagen de un hombre sustituyó a la pelirroja.

Frank Bennet identificó a Eddie Anders.

Mike le informó:

-Llegó hace cinco años, el 20 de abril, procedente de Seattle. Fue contratado por el fallecido general Burton... Era un mecánico que trabajaba por su cuenta y que inventó un nuevo sistema de medición de radioactividad. Quizá no ¡recuerdes cómo murió el general.

-Me va algo por la cabeza. Pero prefiero que me lo cuentes.

-El general Burton fue a Seattle para recoger a Eddie Anders. Hizo su viaje. «n automóvil, pero sufrió un accidente en Albuquerque. Se estrelló. Eddie Anders tuvo que venir solo. Se presentó tres días más tarde.

-¿Tenéis alguna fotografía de Eddie Anders de su época de Seattle?

-No.

-¿Cómo se comporta Eddie Anders?

-Es un hombre irreprochable. Sólo tiene un defecto.

-¿Cuál?

-Que lleva una vida solitaria. No se le conoce un amigo. Se dedica a hacer su trabajo y luego se retira a su *bungalow*.

-Yo diría otra cosa, Mike.

-¿El qué, Frank?

-Le gustan cierta clase de mujeres.

-¿A qué te refieres?

-Sé que le gustan muy hermosas.

-No sabía nada de eso.

-Yo tampoco lo supe hasta la pasada noche. Gracias por todo, Mike. Ya volveré a llamarte.

Bennet colgó y, poco después, la imagen de Eddie Anders

desapareció de la pantalla.

Abandonó su apartamento y se dirigió a la biblioteca de la base.

Pidió la colección de periódicos correspondientes al mes de abril de cinco años atrás.

Lo encontró en seguida. Allí estaba la noticia: «El general Burton muere en accidente de automóvil.» Era un hombre que había hecho grandes cosas durante la última guerra. Como ingeniero se le debían numerosos descubrimientos en la investigación espacial. No habían podido establecerse las causas del accidente y se insinuaba un posible despiste.

Volvió la hoja y leyó otra noticia que estaba fechada también en Albuquerque.

La noche anterior, un objeto no identificado había caído doscientas millas al Norte de la ciudad, en el desierto. Tres viajeros habían visto desplomarse un objeto incandescente del cielo. La policía no intervino hasta el día siguiente. Recorrieron la zona en la que supuestamente había caído aquel objeto, pero no encontraron nada.

Frank Bennet quedó pensativo. ¿Habría alguna relación entre la caída de aquel objeto, el accidente del general Burton y Eddie Anders?

* * *

La doctora Nancy Haley estaba trabajando en el laboratorio.

Oyó que la puerta se abría y se volvió a mirar. Era el capitán Frank Bennet.

-¿Puedo pasar?

-Ya está dentro, y debió llamar.

-Tuve la esperanza de sorprenderla subiéndose una media.

La joven exhaló el aire de sus pulmones y puso los brazos en jarras.

-Capitán, por lo visto, tiene usted un solo sistema para conquistar a las mujeres y no lo varía.

-Eso quisiera yo, conquistarla a usted.

-Pues el camino que ha emprendido es el peor.

-Está bien, empezaré otro.

-No tengo interés en conocer su repertorio.

-¿Tiene usted un antídoto para hacer frente a las mujeres bellas?

-Confieso que es inteligente y astuto. Anoche puso la primera piedra. Me dijo que me tenía en su cabeza y que no me podía sacar. Y ahora hace el chiste. Tengo algún antídoto para que yo no le produzca efectos tan devastadores.

-Es usted un ángel, doctora.

-Gracias.

-Pero el antídoto no es para usted.

-¿Eh?

-Siento decepcionarla, doctora. Pero quiero preservarme de otra mujer.

Los ojos de Nancy Haley brillaron iracundos.

-Capitán Bennet, es usted un... un...

-¿Un demonio?

-Peor que eso.

-¿Qué cosa hay peor que un demonio?

-Un cínico. Eso es lo que es usted. Un cínico.

Frank se echó a reír.

-Está usted más bonita cuando se enfada.

-Sus requiebros resbalan por mi piel sin dejar ninguna huella.

-Le daré algo que le dejará huella.

Diciendo eso, Frank la tomó por los brazos, la atrajo hacia sí con energía, y la besó en la boca.

Ella soltó gruñidos y trató de apartarse de Frank, pero éste no la soltó hasta haber alargado aquel beso no menos de treinta segundos.

La joven se pasó el dorso de la mano por la boca.

-¡Tampoco esto me dejará huella!

-Nancy..., ¿por qué no reconoce que le ha gustado?

-¿Se refiere al beso?

-No me puedo referir a otra cosa.

-¿Y por qué supone que me ha gustado?

-Porque usted y yo nos atraemos.

-Es la mayor tontería que he oído en mi vida. ¡Usted y yo nos repelemos!

-Doctora, sabrá usted mucho de medicina, pero entiende poco de amor. Yo diría que absolutamente nada. Efectivamente, usted y yo nos repelimos en un principio. Pero, ¿por qué? Por un simple espejismo. En realidad éramos opuestos y, por ello, tenía que sobrevenir lo inevitable. La atracción.

-¡No le escucharé una sola palabra más!

-De acuerdo, doctora. Si usted insiste en admitir que no nos hemos enamorado, me armaré de un poco de paciencia.

-¿Nosotros enamorados?

-Eso he dicho.

-Capitán, ¿sólo vino a decirme eso?

-No.

-Entonces dejemos de hablar del amor.

-Mi pregunta sigue siendo válida, doctora Haley. Tengo fundadas razones para suponer que el doctor Pierre Aron y Werner Kraus fueron víctimas de una mujer.

-¿Qué mujer?

-Una desconocida.

-Capitán, ¿no habrá sido un sueño suyo?

-No, doctora, la vi como la estoy viendo a usted. Aparentemente es de carne y hueso, y le aseguro que lo tiene todo muy bien distribuido. Es una joven hermosísima, muy bella.

-Sólo falta que diga que es la estatua que vino de Venus y que tiene vida.

-Esa joven que yo vi no es exactamente la estatua, pero es tan hermosa como ella.

-Así que, usted la vio.

-Y hablé con ella, y me temo que la próxima víctima seré yo.

-Usted no es un científico.

-Pero yo soy la única persona que la he visto, con excepción de otro hombre de la base, Eddie Anders.

-¿Le ha dicho todo eso al general Kusman?

-No.

-¿Por qué no?

-Conozco bien al general Kusman y lo podría echar a perder.

-¿Qué quiere decir?

-Que el general llevaría las cosas con su acostumbrada energía, y sus procedimientos resultarían contraproducentes.

-Creo que lo entiendo. Quiere usted atrapar a la hermosa joven.

-Sí, pero necesito que usted me ayude.

-Sé por el general Kusman que es usted un hombre bastante indisciplinado. Sólo lo mantiene en su equipo porque es un hombre valeroso, y lo ha demostrado en varias ocasiones... ¿Sigue pensando que el general no debe saber eso?

-No. Pero si yo fracaso, usted podrá informarle debidamente.

La joven titubeó unos instantes y luego dijo:

-Estudiaremos el caso, capitán.

-Manos a la obra? doctora Haley.

Él la cogió otra vez por los brazos.

-¿Qué va a hacer, capitán?

-Sólo darle un beso como agradecimiento.

-No tiene que agradecerme nada. Hago mi trabajo por ayudar al equipo del «Cohete Azul».

Frank la soltó y dio un suspiro.

-Los dos nos lo perdemos, doctora Haley.

CAPITULO XI

-Llevamos una hora estudiando el caso del doctor Pierre Aron y el del doctor Werner Kraus, y no hemos adelantado nada -dijo la doctora Haley.

-No, no hemos adelantado nada y es una lástima -dijo Frank Bennet, e intentó besarla.

Ella le puso las manos en el pecho.

-¿Qué intenta hacer, capitán Bennet?

-Adelantar algo.

-Deje eso para otro momento.

-¿Y si no hay otro momento para mí? Recuerde, ha llegado a la conclusión de que no podemos saber cómo esa mujer de Venus logra convertir a un hombre en un niño o en un mono, y por lo tanto estaré a merced de ella.

-Sólo se me ocurre una cosa, capitán Bennet.

-Me dará un gran beso de despedida -dijo él y otra vez trató de

cogerla para unir sus labios a los de ella.

Pero la doctora Haley lo detuvo nuevamente.

-No, capitán Bennet. Lo que se me ocurre es avisar al general Kusman. Debemos ponerle al corriente de todo.

-Usted no hará tal cosa, doctora.

-¿Pero es que no se da cuenta de que no hemos encontrado el antídoto que usted vino a buscar? Usted acabará como los doctores Aron y Kraus.

-¿Cómo le gustará más?

-Me gustan los, niños...

-De acuerdo, le diré a la falsa Stella Trenton que me convierta en un tierno bebé.

-Eso es lo malo. Que usted ni siquiera será un bebé. Continuará siendo tan grandullón como ahora, y haciendo cosas de bebé. Lo siento, capitán Bennet, pero yo quiero tener el bebé por mí misma, y que sea pequeñito como todos los recién nacidos.

-Bueno, si le explico el problema a Stella Trenton, quizá se decida a hacer una excepción conmigo.

Por fin logró besarla y el beso duró más que el otro.

Cuando la soltó, Nancy dijo:

-Capitán Bennet, nunca creí...

-Nunca creyó que pudiera gustarle tanto un beso.

-Nunca creí que fuese usted tan irresponsable. Se está jugando la vida, y sólo piensa en besarme.

-Usted misma dijo que era un indisciplinado, pero muy valeroso.

-De verdad, Frank. Quiero convencerlo para que se lo digamos al general Kusman.

-Qué bonito suena en sus labios.

-Fue una frase como otra cualquiera.

-Me refiero a Frank. ¿Quiere repetirlo?

-Es usted un payaso, Frank.

-Hasta eso suena bien.

En aquel momento oyeron la voz del general Kusman por el receptor que estaba conectado por el teléfono.

-Doctora Haley. La doctora apretó un botón. -Diga, general Kusman.

-He organizado un plan. Todo el personal perteneciente a la misión «Cohete Azul» estará conmigo hoy a partir de las dos de la tarde. Nos reuniremos en el salón Verde. Sólo quedan exentos de esta reunión sus pacientes, el doctor Aron y el doctor Kraus. Trato de preservar al resto del equipo de esa extraña influencia que ha transformado al doctor Pierre Aron en un niño, y al doctor Werner Kraus en un mono. ¿Está usted sola?

Ella miró a Frank y fue a contestar. Pero él le hizo un gesto negativo con la mano. -Sí, general, estoy sola.

-He tratado de ponerme en contacto con el capitán Bennet, pero no hemos podido encontrarlo hasta ahora. ¿Sabe algo de él?

Frank hizo nuevos gestos negativos. La joven titubeó.

-Doctora Haley, ¿es que no me ha oído? -ladró el general Kusman-. Le he preguntado por el capitán Bennet. -Lo he visto. -¿Cuándo?

-Hace poco más de una hora. -¿Le dijo dónde iba? -No, señor.

-¿Cuándo le vio?

-Cuando venía al laboratorio. Me pareció ver que el señor Bennet se dirigía a la biblioteca.

-Gracias, doctora Haley.

Nancy apretó el botón y desconectó el transmisor. Cruzó los brazos bajo el seno y dijo:

-¿Sabe lo que me ha obligado a hacer, capitán?

-Me ha ayudado.

-He mentido...

-A veces, la mentira está justificada.

-En este caso, no. Era el general Kusman quien me estaba preguntando, mi jefe. Si el general Kusman supiese que usted estaba aquí, mientras él trataba de averiguar su paradero, me eliminaría fulminantemente de la misión «Cohete Azul». Y entérese, capitán Bennet, he pasado diez años de mi vida soñando en ir a Venus y preparándome para ello.

Frank se acercó a Nancy y la cogió por los brazos.

-Su sacrificio merece un premio -y la volvió a besar.

Ella echó la cabeza atrás.

-¿Por qué lo he hecho? No sé porque le he ayudado, capitán, y no me diga que es porque estoy loquita por usted.

-Usted tiene confianza en mí, Nancy. Sabe que soy la única persona que puede acabar con el peligro llegado de Venus.

-¿Ha oído al general? Quiere que nos reunamos en el salón Verde. Es una buena idea. Esa mujer no podrá influenciar a nadie, porque el general habrá tomado precauciones.

-Pero yo no estaré allí.

-¿Cómo va a lograr que el general no le eche mano?

-Suponiendo que esa mujer, Stella Trenton, sea la causa de todo lo que ocurre, las dos veces anteriores ha atacado de noche, y aún faltan algunas horas para anochecer. Me quedaré aquí hasta que se oculte el sol y luego me iré a mi apartamento.

-Tendrá que quedarse solo. Debo reunirme con el general Kusman.

-Váyase.

La joven se pasó la lengua por los labios.

-Está bien, me iré.

-Deséeme suerte.

-Sabe que se la deseo. Hasta luego, Frank.

Ella fue a salir, pero Frank la atrapó, y obligándola a dar media vuelta bruscamente, la besó una vez más.

-Perdone, Nancy, pero es que se me olvidaba algo.

-¿El qué?

-Si a pesar de mis buenos deseos, no puedo conseguir la victoria y esa mujer me convierte en un niño, no olvide que me gusta el yogur de fresa.

La doctora se echó a reír y salió del laboratorio.

* * *

El general Kusman estaba reunido con sus colaboradores. Nancy Haley, el doctor Vladimir Zedin, el doctor Albert Carrol y los pilotos Ray Marvin y Jerry Taylor.

En seis pantallas de televisión se reflejaba permanentemente la imagen de la estatua llegada de Venus.

Ya había anochecido.

-El teniente Farrell entró en el salón.

-General, no hay ninguna noticia del capitán Bennet.

-Una mujer.

-¿Cómo?

-Que la causa debe ser una mujer. ¿No opina lo mismo, teniente Farrell?

-Tratándose del capitán Bennet, me temo que sí.

-La negligencia de ese hombre es incomprensible. Desde este momento queda fuera de la misión. Teniente, curse las órdenes oportunas. El capitán Bennet será trasladado mañana mismo a nuestra base auxiliar de Alaska.

-También hay allí mujeres, general... Oh, perdone no quise decir

eso.

-Pero lo dijo. No importa que el capitán Bennet ligue con las esquimales. Yo no estaré allí para verlo. Y eso quiere decir que tampoco soportaré sus impertinencias... Ocúpese de ese traslado, teniente.

-Sí, señor.

-¿Están los hombres situados en los lugares establecidos?

-Sí, general.

-Esta vez no hay nadie en el interior de la sala, como usted dijo. Sólo hay un centinela; junto a la puerta, en el corredor.

-Puede retirarse.

El teniente hizo un saludo y salió de la estancia.

El general Kusman observó las distintas pantallas.

-Todo está en orden -dijo hablando consigo mismo. Luego se dirigió a sus colaboradores-. Nos encontramos aquí todos los miembros de la misión, puesto que el capitán Bennet ya no pertenece a ella.

La doctora Haley tenía los puños apretados. Hubiese querido decir:

«Se equivoca, general Kusman. Nosotros estamos aquí a salvo. Pero Frank Bennet está a solas en su apartamento, esperando que esa "cosa" se dirija hacia él, y se encuentra indefenso porque, aunque él tiene una pistola, estoy segura de que esa clase de arma no le podrá valer.»

La voz del general interrumpió sus pensamientos.

-¿Le pasa algo, doctora Haley?

-No, general. ¿Por qué?

-La veo a usted un poco nerviosa.

-Estaba pensando en el doctor Aron y en el doctor Kraus.

-Usted me ha asegurado que no puede hacer nada por ellos, de momento.

-Es cierto.

-Pues deje de pensar en ellos. Ahora somos nosotros los que estamos en juego. Hasta ahora he logrado engañar a la Prensa. Ninguna noticia se ha filtrado. Por dos veces he conversado con el presidente y la última vez, él me llamó de la Casa Blanca. No he tenido más remedio que ponerle al corriente de lo que está pasando aquí. El presidente está muy inquieto, pero todavía gozo de su confianza. Espera que acabe con esta amenaza.

De pronto oyeron un pitido. El sonido procedía de los televisores.

Los ojos de todos saltaron a las pantallas.

-Dios mío, ¿qué es eso? -exclamó el doctor Carroll.

La estatua estaba proyectando una gran luminosidad.

Parecía radiante. Y esa luminosidad, invadió la pantalla. Y de pronto dejó de verse la escultura. Las pantallas se habían convertido en unas manchas lechosas.

El general Kusman lanzó una maldición.

-¿Alguien ve algo?

Sus colaboradores le contestaron negativamente.

Kusman apretó un botón y habló a gritos.

-¿Qué está pasando en esas cámaras de televisión?

-Aquí Control... Las cámaras no tienen ninguna avería. Están fotografiando lo que ven...

-¡Pues no ven nada!

CAPITULO XII

La doctora Haley exclamó:

-General, la estatua se vuelve a ver en la pantalla.

Kusman comprobó que, efectivamente, era cierto.

La luminosidad había desaparecido y la escultura estaba allí desde distintos ángulos, como si nada hubiese ocurrido.

Kusman seguía en contacto con Control.

-General, los objetivos están trabajando ya a pleno rendimiento.

-Ya lo estoy observando, pero quiero saber por qué se cegaron las pantallas.

-Fue debido a la intensidad de la luz.

-Eso lo sé sin necesidad de ser un técnico, señor ingeniero.

Llamaron a la puerta.

-Adelante.

El teniente Farrell entró en la sala.

-General, ha vuelto a ocurrir.

-¿Qué ha vuelto a ocurrir?

El centinela del corredor está dormido.

-¿Qué?

-Pero el cerrojo está en su sitio, quiero decir que no fue abierto: Teníamos conectado, como usted dijo, el cerrojo con un aparato que mide hasta un movimiento de millonésima de pulgada. La aguja del control no se movió en absoluto. Permaneció en cero.

La doctora Haley estaba pasando uno de los ratos peores de su vida. Su mente estaba confusa. ¿Qué es lo que había salido de aquella estatua mientras se produjo la radiante luz?... ¿La mujer a la que se había referido Frank?... ¿Y qué poder tenía?... ¿Traspasar las paredes? Oh, no, era absurdo pensar aquello, puesto que Frank Bennet la había visto y aseguraba que tenía figura humana, aunque había elegido un cuerpo hermoso y bello. Si el centinela quedaba dormido, quería decir que esa mujer necesitaba no ser vista por nadie cuando saliese de allí. Quizá el soldado, mientras estaba en trance, abriría la puerta bajo el mandato del cerebro de aquella mujer, y la extraña influencia podría también anular el controlador que medía una millonésima de pulgada de cualquier movimiento que se produjese en el cerrojo.

Por unos instantes, otra vez estuvo a punto de informar al general

de lo que pretendía el capitán Bennet. Pero si Frank no se equivocaba, aquella mujer ya estaba suelta, camino de su apartamento.

Tenía que continuar guardando silencio.

El general Kusman estaba señalando las pantallas donde se reflejaba la estatua.

-Ella sigue ahí. Se limitó a producir un resplandor que cegó las pantallas. ¿Me quiere decir alguien lo que significa esto?

* * *

Eddie Anders dijo:

-Cometiste un fallo, Stella y ahora el general Kusman ha tomado las medidas para salvaguardar a los miembros de la expedición... ¿Te das cuenta, Stella? Debo informar a nuestro jefe supremo.

-No, Eddie. No lo hagas... Triunfaremos.

-¿De qué modo?

-Tenemos poderes para burlarlos.

-No sé. Es demasiada responsabilidad para mí.

-Piénsalo, Eddie. Si yo he fracasado, tú también lo habrás hecho. Acabarán con los dos...

-Eso es verdad.

-Tenemos que triunfar. El general Kusman estará confiado ahora.

Eddie observó la pantalla donde se reflejaba una de las imágenes de la estatua.

-Es posible que esté confiado. Ahora ve lo que estaba viendo antes. Lógicamente, el general no comprenderá el significado de la luz radiante que se desprende de la estatua. No puede imaginar que esa radiante luz se produce cada vez que tú entras o sales de la escultura.

Frank Bennet estaba nervioso.

Su pantalla también se había cegado con aquella luminosidad. Ya había empezado la hora H para él. Y la hora H podía significar su muerte. O para decirlo en términos espaciales, se había iniciado la cuenta atrás.

Podían quedarle diez minutos de vida como hombre consciente.

Se preguntó hasta dónde le harían retroceder si fracasaba. ¿Hasta la edad infantil como el doctor Aron?... ¿O irían más lejos, como con el doctor Kraus, para convertirlo en un mono? ¿O lo llevarían todavía más lejos, y quedaría convertido en una rana?

La estatua había vuelto otra vez a ser visible.

Si no se equivocaba, la hermosa mujer, Stella Trenton, estaba ya suelta. Pero ¿cómo sabría ella que él estaba allí?

El general Kusman había ordenado que los miembros de la misión se reuniesen con él en el salón Verde, y si Eddie era el informador de Stella, ignoraría como todo el mundo, excepto la doctora Haley, que él se encontraba en su apartamento.

Marcó el número de Eddie Anders en el dial.

Oyó el timbre por tres veces antes de que descolgasen.

-¿Eddie Anders?

-Sí.

-Soy el capitán Bennet... Quisiera que viniese a mi apartamento, Eddie.

-¿Para qué?

-Estoy haciendo un estudio sobre radiaciones con respecto a la estatua... Estoy seguro de que usted habrá sacado informes sobre eso, y me interesaría conocer sus conclusiones.

-He hecho efectivamente algunos estudios. Se los llevaré en seguida, capitán Bennet.

-Gracias, Eddie. Lo espero.

Frank colgó. Ya estaba puesta la trampa. Pero ¿de qué le serviría meterse él mismo en el cepo?

Encendió un cigarrillo, se sirvió una ración de whisky y bebió un trago. Miró en la pantalla la imagen, recordando de qué forma había quedado cegada por la luz.

Corrió a su dormitorio y se puso unas gafas oscuras, las gafas que se incluían en el equipo «F-222». Su cristal era especial para hacer frente a intensidades luminosas equivalentes a los rayos directos del sol.

Volvió al *living* y bebió un nuevo trago de whisky.

Sonó el timbre de la puerta.

-Adelante, Eddie. Está abierto.

La puerta se abrió, pero no era Eddie, tal como esperaba. Era Stella Trenton.

-Buenas noches, capitán.

-Hola, Stella.

-¿Me recuerda?

-¿Cómo no iba a recordar a una mujer como usted?

-Me mandó Eddie.

-Oh, sí, le pedí unos informes acerca de las radiaciones. Pero Eddie dijo que me los traería él.

-Me encontraba en su *bungalow* cuando usted llamó. Y yo misma le pedí a Eddie que me dejase traer esos informes.

-¿Por qué, señorita Trenton?

Ella sonrió de una manera encantadora.

-Porque usted también me impresionó a mí, capitán Bennet.

-Yo creí que no. Traté de acompañarla anoche a su apartamento y usted se negó.

-Es que no me encontraba bien.

-Oh, sí, lo dijo. ¿Y cómo se encuentra ahora, Stella?

-Maravillosamente -la joven hizo un gesto de coquetería-. ¿No le parece, capitán Bennet?

-Estoy de acuerdo con usted. Maravillosa.

-Pero no me puede ver bien con esas gafas... Aquí no hace sol. ¿Por qué no se las quita?

Frank se dijo que había acertado al ponerse las gafas especiales para vuelos en el «F-222». Las gafas molestaban a aquella hermosa y extraña mujer.

-Tuve que ponérmelas, Stella.

-¿Por qué?

-Estaba mirando en la pantalla la imagen de esa estatua. De repente, se produjo una luminosidad que me hizo daño en los ojos, y tuve que ir por estas gafas.

-Pero ahora ya no existe esa luminosidad.

-Sin embargo, mis ojos continúan dañados. ¿Qué le sirvo, Stella?... Yo estoy bebiendo whisky.

-Whisky también.

Stella se dijo que se lo haría como a los demás. Podía proyectar su luz sobre sus ojos o sobre su nuca. Al capitán Bennet sería en la nuca. Éri un momento determinado, cuando él se pusiese de espaldas, le enviaría los rayos. Sería un juego divertido. No tenía prisa. Aquellos hombres no podían hacer frente a su poder. El capitán Bennet no había quedado excluido del grupo de víctimas, por el simple hecho de haberse puesto las gafas que lo defendían solamente de un ataque frontal.

-Aquí tiene su whisky, Stella.

La joven aceptó el vaso que él le alargaba.

Frank hizo chocar su vaso con el de ella.

-Por sus hermosos ojos, Stella.

-Gracias.

Los dos bebieron un trago y se miraron sonrientes.

-¿Nos sentamos? -sugirió él.

-Oh, sí, claro.

Se sentaron en el sofá.

Stella pensó que aquélla era la mejor posición porque, en un momento determinado, ella le pediría más whisky y Frank tendría que ir al pequeño bar, y, al quedar de espaldas, ella le podría mandar los rayos a la nuca.

Frank cogió el bolso femenino.

-¿Qué hace, capitán?

-No le he visto los informes de Eddie en la mano. Imagino que los traerá aquí.

Antes de que ella pudiese evitarlo, Frank abrió el bolso y vio en su interior el extraño aparato con electrodos.

-¿Qué es esto, Stella?

-Eddie prefirió mandarle el medidor de radiaciones.

-Nunca había visto un aparato como éste.

-Es un nuevo invento de Eddie.

Ella bebió el whisky que le quedaba en el vaso y dijo:

-¿Me quiere dar otra ración de whisky y después se lo explico?

-De acuerdo.

Frank dejó el supuesto medidor de radiaciones en el sofá y se levantó, dando la espalda a Stella.

La joven sonrió. Había llegado el momento de enviar sus rayos sobre la nuca del capitán Frank Bennet.

De pronto Frank se volvió.

Stella iba a iniciar el envío de sus rayos.

-¿Qué le pasa en sus ojos, Stella?

La joven tuvo que cortar el circuito.

-¿A mis ojos, Frank?... No le entiendo.

-Son azules, ¿verdad?

-Sí.

-Por un momento me pareció que se tornaban rojos.

-Debe haber sido el efecto de sus gafas.

-Sí, eso debe ser. Sólo quería preguntarle si quiere el whisky sólo o con agua.

-Solo.

-No me gustaría que se volviese a sentir mal como ayer. Ya bebió una ración sin agua.

-No se preocupe por mí, capitán. Soporto bien el alcohol.

Frank estaba pensando muy aprisa. Aquella mujer tenía algo en los ojos. Estaba seguro de que no había sido efecto de las gafas. Los hermosos ojos azules de Stella habían enrojecido mientras él estaba de espaldas. Por eso ahora retrocedió hacia el bar dando siempre la cara a Stella.

La joven se sintió llena de ira. Hasta unos momentos antes había creído que sería fácil eliminar al capitán Bennet, como había eliminado a los doctores Aron y Kraus, pero Frank le estaba demostrando que era más listo que sus dos primeras víctimas.

Frank regresó junto a Stella con el vaso de whisky.

-Aquí lo tiene, Stella.

-Gracias.

Stella bebió un trago. Sólo tenía un medio para eliminar a Bennet. Seducirlo. ¿No era hermosa y bella más que ninguna otra mujer?

Y Frank Bennet era un mujeriego. Lo sabía por Eddie.

Apoyó la cabeza en el respaldo e hizo un gesto de coquetería.

-Frank, me he pasado la noche pensando en ti -lo tuteó.

-Que coincidencia.

-¿También tú pensaste en mí, Frank?

-Hasta soñé contigo.

-¿Qué soñaste?

-Que tú y yo viajábamos hacia Venus.

-¿Hacia Venus?

-Sí. Y allí encontrábamos un mundo sensacional.

-¿Qué clase de mundo?

-Seres extraños que querían acabar conmigo. Pero tú lo impediste.

-Qué suerte para ti que yo te acompañase.

-Fue una verdadera suerte porque uno de aquellos seres decía: «Conviertan al capitán Bennet en un mono.» Y entonces tú intervenías diciendo: «No, en un mono, no. Al menos que sea un niño.»

-Es un sueño muy raro.

-Pero te hacían caso porque el jefe de aquella gente decía: «Tú eres una de las nuestras y tendremos en cuenta tu deseo. El capitán Bennet será un niño y no un mono.»

Stella se había quedado muy seria.

-¿Yo era una de ellas?

-Sí, cariño, lo que eres realmente.

-¿Qué estás diciendo, Frank?

-¿No me has oído, nena?

-Estás perdiendo un tiempo precioso, Frank. ¿No me encuentras deseable?

-Sí.

-Pues bésame.

-Eso está hecho, pequeña.

El capitán Bennet apretó sus labios contra los de ella. Quería conocer el sabor de su boca. Era muy entendido en besos de mujer. Quería establecer una comparación. La besó en sus rojos y jugosos labios entreabiertos.

Entonces, ella movió una mano hacia la cabeza de él, tratando de quitarle las gafas.

Pero él la cogió rápidamente de la muñeca.

-¿Qué haces, Stella?

-Quitarte las gafas. Quiero ver tus ojos mientras me besas.

-Los besos resultan mucho mejor con los ojos cerrados.

-A mí no me resultan mejor.

Frank se echó a reír mientras se apartaba de ella.

-Bésame otra vez, Frank.

-No, cariño. Se cerró la ventanilla de los besos gratuitos.

-¿Qué quieres decir?

-Que ahora los besos serán pagados.

-¿Insinúas que te tendré que dar dinero para que me beses?

-No, dulzura. No me vas a dar dinero, me vas a dar información.

-Oh, te refieres a lo que le pediste a Eddie.

-Eddie, qué gran tipo.

-Sí que lo es. Uno de los mejores en su especialidad.

-¿Y cuál es la especialidad que tiene Eddie allí?

-¿Allí?

-En Venus.

-¿De qué me estás hablando, Frank?

-Querida, sé todo lo que se refiere a Eddie.

-No te entiendo.

-Eddie Anders trabajaba en Seattle. Fue contratado por el general Burton para trabajar en esta base, y el general Burton fue personalmente a Seattle a por él. Pero al llegar a Albuquerque, empezaron a ocurrir cosas muy extrañas. Primera, el general murió en un accidente de automóvil. Segunda, la noche anterior había caído en las cercanías de Albuquerque un objeto no identificado, objeto que no se pudo hallar.

»Entonces Eddie se presentó sólo en la base y sé ahora por qué. El general Burton murió. Tenía que morir para que no pudiese identificar a Eddie.

-Eso no tiene sentido. Eddie está aquí.

-El verdadero Eddie Anders también fue muerto y enterrado en alguna parte, o convertido en cenizas, y el lugar de Eddie Anders fue ocupado por el extraño ser que llegó en el objeto que cayó en el desierto.

-No debes encontrarte bien.

-Pero Eddie sólo cumplía una misión de enlace.

-Basta, Frank.

-Tenía que informarse de los detalles con respecto a la expedición que aquí se preparaba con destino a Venus, y, cuando esa expedición estuviese preparada, alguien tenía que venir de allí para impedir que la misión «Cohete Azul» se llevase a cabo. Y ese alguien eres tú, Stella.

-Estás loco.

-Tú sales de esa estatua.

-No.

-Sales cuando se produce la radiación.

-No.

Frank la atrapó por la muñeca.

-Quiero la verdad... ¿Por qué hacéis esto? ¿Quiénes sois vosotros?... ¿Por qué queréis impedir que vayamos a Venus?

-Está bien... Has acertado.

-Contesta a mis preguntas.

-Vivimos en un planeta en el que la temperatura está por los doscientos grados bajo cero. Antes no fue así. Teníamos una temperatura normal, como la vuestra, pero se produjo una era glacial. Nuestro mundo iba a desaparecer. Nosotros también teníamos nuestros sabios y ellos se ocuparon de buscar las soluciones. En nuestro planeta éramos cinco mil millones de seres. En pocos años, ese número que dó reducido a unos miles. Miles de millones de nosotros perecieron por congelación, antes que nuestros científicos encontrasen el medio de salvarnos. Encontraron la solución en Venus. Allí las temperaturas eran de hasta doscientos cincuenta grados. Pero no podíamos trasladarnos a Venus porque tampoco podríamos resistir su clima. Sólo se podía hacer una cosa. Conducir el calor de Venus hasta nuestro planeta, y eso fue lo que se hizo. Costó muchas vidas y muchos esfuerzos, pero al fin nuestros científicos lo consiguieron. Mediante grandes tubos; transportaron el calor de Venus hasta nuestro planeta, cuando ya nuestra población había quedado reducida a unos cien mil seres. Por fortuna para nosotros, habíamos alcanzado un alto nivel científico, muy superior al de los terrícolas. Pero nuestros sabios vivían ante una perpetua amenaza. La de que seres de otros planetas destruyesen nuestro sistema térmico de Venus... Si otros seres conquistaban Venus, destruirían nuestros canales caloríficos y nuestra población volvería a sufrir el rigor de la era glacial porque, seguiremos con esas temperaturas de doscientos grados bajo cero durante varios miles de años.

-¿Quién te ha dicho que nosotros íbamos a destruir vuestros sistemas térmicos?

-Vosotros queréis conquistar Venus.

-Pero no vamos a guerrear. Nuestra misión es absolutamente científica.

-Conocemos lo bastante de vosotros para saber cómo sois. Durante centenares de años habéis dicho lo mismo. Que os interesa sólo la

ciencia. Pero vuestros hechos han demostrado otra cosa. Siempre termináis por aplicar los descubrimientos científicos a la destrucción... ¿Lo oyes?... ¡Siempre! Es posible que el general Kusman y vosotros sólo tengáis un interés científico, pero, ¿hasta cuándo prevalecerá ese interés? Nosotros estamos mucho más adelantados que vosotros... Querréis conocer nuestros secretos y los podríais conocer de una forma muy fácil. Por medio del chantaje. Bastaría con amenazarnos con destruir nuestro sistema térmico para conseguir todo lo que deseaseis, incluso para convertirnos en esclavos vuestros.

-¿Cómo se llama vuestro planeta?

-¿Para qué lo quieres saber?

-Es lógico que te lo pregunte.

-No te lo diré.

-Oye, Stella, te haré una propuesta.

-¿Cuál?

-Hablaré con el general Kusman para que entre nosotros reine la paz.

-Te he dicho que no nos basta con la palabra del general Kusman. Ni siquiera con la palabra de vuestro presidente. Para decirlo con palabras vuestras, no podemos hipotecar nuestra seguridad con nadie. Sólo hay una forma de arreglarlo, y es destruyendo todas vuestras posibilidades de llegar a Venus... ¿Lo oyes?... ¡Todas!... No queremos que los humanos lleguen a Venus. Allí no puede existir la vida. No hay absolutamente ningún ser que pueda resistir temperaturas de doscientos cincuenta grados... ¡Pero ese calor nos sirve a nosotros para continuar viviendo! ¿Qué pasaría si alguien amenazase con destruir el sol?... Sin él, vosotros no podéis vivir, y lucharíais por todos los medios contra los seres que tratasen de destruir el sol.

-Nosotros no hemos amenazado con destruir Venus... Stella, tienes que comprender, que entre vosotros y nosotros debe haber un acuerdo.

-¡No lo habrá!

Stella dio un empujón a Frank y lo arrojó al suelo.

Frank, al caer, perdió las gafas, y éstas se alejaron mucho de él.

Los ojos azules de Stella comenzaron a ponerse rojos. Tenía a su merced a Frank para enviarle los rayos.

CAPITULO XIV

Frank sabía ya lo suficiente para defenderse, pero no sabía si llegaría a tiempo.

Gateó por la habitación hasta el acondicionador del aire y le dio la vuelta poniéndolo a la máxima potencia.

Luego se dio impulso rodando por el suelo.

Sintió una llamarada a su espalda y eso le hizo ver que Stella le estaba mandando sus rayos, los que estaban brotando de los ojos hermosos de Stella.

Dando vueltas, fue a parar detrás de la mesa.

-Maldita sea, ¿por qué has abierto eso? -gritó la joven.

-Perdóname, monada, pero no me gusta que me conviertan en un bebé o en un mono.

-Me estoy helando.

-Pues echa a correr porque te vas a helar más.

Stella se bamboleó.

Estaba corriendo hacia la salida.

Frank se dejó ver por encima de la mesa.

-Stella, deja que sea yo quien te salve.

La joven se volvió mandándole los rayos de sus ojos.

Frank se dejó caer de nuevo y los rayos pasaron por encima de él.

Luego oyó un portazo.

Stella había huido.

Frank descolgó el teléfono y marcó un número.

-¿Con el general Kusman?

-Sí. ¿Quién habla?

-El capitán Bennet.

-Ya era hora de que apareciese.

-Necesito que trasmita una orden urgente. Comunique a control que abra el sistema general de refrigeración.

-¿Qué dice?

-Por favor, general. Acepte mi consejo. ¡Orden de refrigeración!

-Usted va a estar refrigerado a partir de mañana en Alaska. No le hace falta que lo refrigeren ahora.

-General, no soy yo el que necesita ser refrigerado... ¡Se trata de dos seres llegados de otro planeta!... No pueden resistir las bajas temperaturas... Si no está convencido, consulte con la doctora Haley. No puedo seguir hablando. Me voy al *bungalow* de Eddie Anders.

Colgó sin esperar una nueva respuesta del general y echó a correr:

* * *

Stella Trenton entró tambaleándose en el *bungalow* de Eddie Anders. Cayó de rodillas en el suelo.

-Eddie, un comprimido.

-¿Qué pasó?

-¡Ese nombre, lo sabe todo!

-¿Frank Bennet?

-Sí.

-¿No le mandaste los rayos?

-Se los mandé, pero no pude alcanzarlo porque él se defendió... Se me está agotando la energía térmica. Dame un comprimido para que pueda llegar a la estatua.

La puerta se abrió de golpe y entró Frank Bennet. Llevaba las gafas oscuras.

-Stella -dijo Eddie-, aquí lo tienes. Mándale tus rayos.

-No te voy a dar la espalda, Stella -repuso Frank-. Y usted, Eddie, será mejor que me escuche. No es necesario que nos destruyan. Nosotros no vamos a ir a Venus para acabar con su sistema térmico. Es posible llegar a un acuerdo... Bastará con que el jefe de ustedes hable con nuestro presidente. El general Kusman hará los preparativos. Se firmará un tratado.

-¡Destruýelo, Stella!

-No puedo. Me estoy muriendo. Dame un comprimido.

-No te lo daré hasta que destruyas a Frank Bennet.

Ella volvió la cara hacia Bennet. Sus ojos se tornaron rojos pero de ellos no brotaron ningún rayo.

-Ya no me queda energía, Eddie.

-Déle el comprimido -repuso Bennet-. Se lo autorizo.

Eddie sacó un comprimido de la caja azul y la joven lo ingirió con avidez.

El general Kusman entró en la estancia seguido de la doctora Haley.

-¿Qué diablos está pasando aquí?

-Cuidado, general, usted no lleva gafas. No mire de frente a esa mujer. Tú tampoco la mires, Nancy... Tampoco deben darle la espalda.

Stella continuaba de rodillas en el suelo.

Eddie estaba atemorizado. Había retrocedido hacia la pared.

Frank aprovechó aquellos momentos para informar rápidamente al general Kusman por qué habían venido aquellos seres a la tierra, la clase de planeta del que procedían, un planeta que se había sumergido en la era glacial y, cuya diezmada población, vivía ahora gracias al

sistema térmico que habían asentado en Venus, para aprovecharse de las altas temperaturas de ese planeta.

-¡Stella! -gritó Eddie-. Ya tienes potencia para destruirlo.

El general Kusman habló con su voz seca.

-Hago mía la oferta del capitán Bennet, Eddie. Usted no puede conseguir ahora nada con destruirnos. ¿Es que no se da cuenta de que no adelantarían nada con que se suspendiese la expedición a Venus? A lo sumo ganarían un año o dos. No creo que eso les convenga. ¿Van a seguir destruyendo? ¿Hasta cuándo? Solo un tratado de paz entre ustedes y nosotros hará posible su supervivencia. Ningún planeta puede guerrear con otro; No sé hasta qué punto están ustedes adelantados en armas bélicas, pero nosotros estamos preparados para hacer frente a cualquier amenaza, venga de donde venga. ¿Qué quieren, que nos destruyamos todos?

Eddie sacudió la cabeza.

-Tendré que consultarlo. Déme tiempo, general.

-¿Cuánto?

-Una hora.

-De acuerdo. Y, mientras tanto, me pondré en contacto con el presidente.

Stella se levantó.

-Eddie, creo que el capitán Bennet y el general han sido razonables.

-Sabes que la respuesta no depende de nosotros, sino del jefe supremo.

El general hizo una señal a la doctora y a Frank.

-Recuerde, Eddie. Tiene una hora. Y no olvide tampoco que si no hay acuerdo, ese sistema térmico que ustedes tienen establecido en Venus estará más amenazado que nunca.

-Necesito volver a la estatua -dijo Stella.

-Te has tomado un comprimido -repuso Frank.

-Sólo me sirve para unos minutos.

Eddie sacudió la cabeza.

-Lo que dice Stella es cierto. Sí se queda aquí se destruirá. Pero también voy a ser destruido yo si no interrumpen la refrigeración general que han puesto en marcha.

-De acuerdo, Stella, vuelva a la estatua -asintió Kusman-. Y voy a ordenar que suspendan la refrigeración general durante sesenta minutos.

-Puedes marcharte, Stella -dijo Eddie.

La joven salió del *bungalow*.

-Acompáñela, Bennet -ordenó el general.

El capitán la acompañó cogiéndola por el brazo.

En la puerta que daba acceso a la sala donde se encontraba la estatua había ahora cuatro centinelas con el teniente Farrell.

El teniente dijo:

-Ya hemos sido avisados por el general.

El propio Farrell abrió la puerta.

Stella y Frank entraron en la sala.

Ella miró a Bennet, que defendía sus ojos con las gafas oscuras.

-No sé si nos volveremos a ver, Frank. Por si no llega a ocurrir, te daré un beso de despedida.

Frank quedó inmóvil y ella lo besó.

Entonces, Stella se enfrentó con la estatua y envió sus rayos y la estatua adquirió aquella luminosidad.

Y Frank vio cómo Stella se introducía en la estatua y luego ésta perdió poco a poco su radiante luz, y unos segundos después sólo pudo ver la hermosa escultura, tal como la había visto la primera vez flotando en el mar.

El general Kusman informó a los periodistas.

-Como resumen de toda la historia que les he contado, debo decirles que nuestro presidente y el jefe supremo de ese planeta desconocido, porque no nos han querido dar su localización, han firmado un tratado de paz. La misión «Cohete Azul» será cumplida. La expedición saldrá en la fecha prevista y tendrá por objeto, como se había anunciado, estudios absolutamente científicos. El sistema térmico instalado allí por esos seres, será respetado. Debo agregar que el ser que adoptó la personalidad de Eddie Anders ha reactivado a los doctores Fierre Aron y Werner Kraus, devolviéndoles sus facultades. Todo cuanto ha ocurrido nos demuestra, una vez más, que sólo con la paz será posible la supervivencia entre los seres de este planeta y de cualquier otro. El llamado Eddie Anders y la estatua, serán enviados a Venus en uno de nuestros propios cohetes esta noche.

* * *

El cohete estaba a punto de ser disparado. Faltaban sólo dos minutos para el despegue.

Frank estaba junto a Nancy, rodeándola por la cintura.

El general Kusman ocupaba su puesto de jefe en aquella operación.

-Siento que se vaya -dijo Frank.

-¿Stella? -gruñó Nancy.

-Era una gran chica.

-¿Quieres que te saque los ojos?

El se inclinó sobre ella y la besó en los labios.

-¿Quieres casarte conmigo, Nancy?

Ella se quedó asombrada.

-¿Lo dices en serio, Frank?

-Absolutamente. Eres lo más parecido a Stella, y quiero quedarme para siempre con una de vosotras.

El general gritó:

-¡Contéstele que sí, Nancy! ¡Me están distrayendo!

-¡A sus órdenes, general! -dijo la doctora-. ¡Sí, Frank!

Y ahora fue ella quien besó al capitán Bennet.

-¡Tres...! ¡Dos...! ¡Uno...! ¡Cero...! -dijo el general Kusman y apretó un botón.

El cohete se puso en marcha y voló hacia las alturas, llevándose consigo a la hermosa estatua que llegó de Venus.

FIN